

Selección



ADA CORETTI

LA MANSION DE LOS LOCOS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

434 — Estudio en negro, *Curtis Garland*.
435 — Un diablo bajo la alfombra, *Clark Carrados*.
436 — Seis cadáveres en potencia, *Joseph Berna*.
437 — La tragedia de la metempsicosis, *Ralph Barby*.
438 — Memorias de un monstruo, *Curtis Garland*.

ADA CORETTI

LA MANSION DE LOS LOCOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 439
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 16.201 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

—Bisturí —dijo el doctor.

La enfermera se apresuró a ofrecérselo.

El paciente acababa de ser anestesiado. Se hallaba sobre la mesa de operaciones cubierto con una sábana hasta los hombros.

Pero aquél no era un quirófano normal, había sido improvisado en el sótano de una vieja mansión.

Pero nada faltaba allí. Vitrinas, aparador, instrumental, todo estaba debidamente instalado. Incluso un foco espléndido de luz, que ahora acababa de ser encendido y que quedó pendiente del techo sobre el pálido paciente...

Este se movió. Parecía no estar debidamente anestesiado. De ello, sin duda, que una de las dos enfermeras que se hallaban allí, mirara al doctor y le preguntara:

—¿Más cloroformo? Parece...

—No —fue la categórica respuesta del doctor, enfundado en una bata blanca y cubierto el rostro con una mascarilla antiséptica—. Bastará con el que le hemos dado... Acabaré pronto...

Y el bisturí se acercó a los ojos de quien, en realidad, no estaba enfermo, ni padecía mal alguno. Su único pecado, o culpa, había consistido en extraviarse por aquellos contornos y tener la mala suerte de pedir cobijo en aquella casa. Pero el bisturí no quería hacer el menor daño a aquellos ojos. Sólo pretendía dejarlos sin párpados.

Así, pues, el corte incisivo del bisturí se limitó a eso, a hacer desaparecer ambos párpados. Alzando éstos con unas pinzas, la tarea resultó brevísima. Pero faltaba algo por hacer. Por lo que las enfermeras abrieron la boca del paciente y quedaron sujetándole la mandíbula para que no la cerrara.

—Cuando quiera, doctor —dijo una de las enfermeras, la que llevaba más la iniciativa. El cirujano buscó entre el instrumental, eligiendo algo muy parecido a un garfio. Lo cogió, e instantes después había clavado el garfio en la lengua del paciente. Hecho esto, estiró con fuerza hacia fuera. La lengua quedó colgando.

Entonces intervino de nuevo el bisturí, efectuando un corte rápido, total y absoluto. La lengua había quedado amputada.

—Ya está —dijo el doctor. Y añadió—. Cuando vuelva en sí que se encuentre con los demás. No en la jaula —aclaró— con los otros...

* * *

En la carretera, el joven Dean Hook acababa de soltar una imprecación. Se le había estropeado la moto y no había nada que hacer, no arrancaba.

Miró a su alrededor. Había elegido un mal lugar para quedarse detenido. Sólo se veían dos edificaciones. Una muy grande y la otra muy pequeña. Pero

ambas lejos, muy lejos.

Por lo demás, todo lo que la vista abarcaba era terreno seco, árido, donde sólo crecía la maleza. Donde sólo aparecía algún que otro árbol solitario.

Pensó que no le quedaba otra solución que llegar hasta aquella casa, la grande. Así que empezó a andar, convencido de que era preferible que llegara antes de que le cayera encima la noche.

Pero unos diez o doce minutos después, tuvo una agradable sorpresa. Acababa de ver un rótulo iluminado, al pie de la misma carretera. Se trataba de un pequeño motel. Más animado, aceleró el paso. Llegó hasta allí.

Tras el mostrador de recepción se hallaba un hombre de unos cincuenta y tantos años, muy gordo y muy colorado de cara.

—Buenas tardes —saludó.

—Sea usted bienvenido.

—¿Es usted el propietario?

—Sí, señor. A su disposición.

—Pasaré la noche aquí —le hizo saber—. La moto se me ha estropeado y... Dígame, no sé exactamente dónde me encuentro...

—Está en la carretera que lleva a Newton —le informó el dueño del motel —, Pero para llegar a esa localidad le falta aún mucho trecho, así que yo le sugiero que coja el autocar que pasa por aquí.

—Así lo haré, qué remedio... —se encogió de hombros, resignándose—. ¿A qué hora pasa?

—Para Newton, cada mañana a eso de las diez.

—Oiga —dijo Dean Hook a continuación—. ¿A quién pertenece esa gran casa que se ve desde aquí?

Sentía curiosidad por saberlo. De profesión periodista, siempre le atraía meterse donde nadie le pedía que lo hiciera. Era como un vicio.

—Yo, de usted, no me interesaría por eso —respondió el dueño del motel, y su rostro grueso, muy colorado, pareció crisparse—. Se cuentan cosas poco agradables de esa vieja mansión.

—¿Qué cosas? —se interesó. —Dicen que hay fantasmas.

—¡Oh, yo no he creído nunca en fantasmas! Ni en aparecidos, ni en espíritus del más allá.

—Yo tampoco lo creía, pero ante la insistencia de los rumores ya no estoy seguro de nada.

—¿Quién vive allí? —siguió interesándose Dean Hook.

—El doctor McSyler, y su cuñado el doctor Blomppon, y el hijo de éste, que también es doctor y se llama Larry... Y Loretta —agregó— la hija del doctor McSyler, una muchacha encantadora. Bueno, y la servidumbre, claro...

—Me gustaría conocerles —sonrió Dean Hook—. Deben ser unos seres curiosos si es cierto que «alternan» con fantasmas. —No se lo tome a broma, créame.

—¿Pues cómo quiere que me lo tome, muriéndome de miedo? A propósito, ¿quién vive en la otra casa, en la pequeña, en la que apenas se

advierte?

—Según dicen —fue la respuesta— un artista de cine. Joven y guapo hasta que se desató un violento incendio en los Estudios Cinematográficos donde estaba trabajando y sufrió quemaduras de tercer grado, sobre todo en el rostro... Por eso lo oculta, siempre, en todo momento, tras una bufanda que le cubre hasta los ojos. En realidad, nadie le conoce aún...

—Con sinceridad —dijo Dean Hook— me seduce más la vieja mansión. Hasta luego, amigo.

El dueño del motel no consiguió disuadirle y pocos minutos después, tan campante, Dean Hook se dirigía hacia aquella edificación que desde allí se perfilaba ya más claramente, aunque aún lejos.

Ya cerca del lugar, se dio cuenta de que, en efecto, se trataba de una vieja mansión. Tenía todos los atributos necesarios para ser catalogada así.

Pero en ese momento se detuvo unos instantes, vacilando. ¿Acaso algo en su interior le estaba aconsejando no avanzar más? Sí, de eso se trataba. Sentía como si existiera un peligro latente y como si ése peligro lo tuviera ya muy cerca...

No obstante, era ésa una sensación absurda e irrazonada. ¿Cómo iba él, ya tan mayorcito, a sentirse asustado? Eso hubiera significado que creía en fantasmas.

Siguió adelante.

La mansión estaba a oscuras.

Aunque, sin duda, pronto se vería alguna luz. La del día estaba declinando a marchas forzadas.

Llegó hasta allí mismo, sin que viera, por el momento, ninguna claridad a través de las ventanas. Lo que empezaba a sorprenderle bastante, pues se había hecho ya muy de noche. Demasiado para que aquello no causara cierto asombro.

Observó con detenimiento la mansión. Se componía de sótanos, planta baja y dos pisos. Las ventanas eran muy altas. Tenía en la fachada principal tres miradores.

Fue estando cerca de los sótanos, mientras miraba curiosamente a través de los enrejados ventanucos que lo aireaban, cuando sintió un escalofrío.

Acababa de ver algo horrible, espantoso, alucinante. Algo increíble...

En aquella parte del sótano había dos jaulas. Dos grandes jaulas, dentro de las cuales había personas, seres humanos. Por lo que pudo ver en una de las jaulas sólo había hombres y en la otra sólo mujeres. Tres hombres permanecían fuera de las jaulas. Eran, evidentemente, los que se hallaban en mejores condiciones físicas.

Aun así, esos hombres gesticulaban, hacían gestos de agresividad, de rabia, de desaliento, de angustia. Pero no articulaban palabra ninguna. Lo máximo que salía de sus bocas era un jadeo descompasado.

Pero lo peor eran sus ojos... ¡Sus ojos abiertos de par en par por la simple y contundente razón de que no podían cerrarlos, porque carecían de párpados!

A los tres les sucedía lo mismo.

¿Y a los otros...?

Les miró mejor. Sí, les pasaba exactamente igual. ¡No tenían párpados!

¿Estaría viendo visiones? Dean Hook tuvo la tentación de pellizcarse. Pero o lo hizo, y tras sacudir la cabeza se dijo a sí mismo:

«Tal vez, como no hay mucha luz, me he engañado... »

No obstante, él sabía muy bien lo que había visto, así que optó por acercarse más al ventanuco y requerir la atención de ellos.

—¡Eh...! ¡Eh, vengan...!

Bastó para que los tres hombres no enjaulados se precipitaran hacia donde él se hallaba. Pero Dean Hook se quedó con las ganas de oírles decir lo que les pasaba. Ninguno de ellos habló.

Sin embargo, los tres abrieron mucho la boca, enseñándosela por dentro. También señalaban sus ojos. Todo con gestos.

Dean Hook se dio perfecta cuenta de que no solamente carecían de párpados, sino de que tampoco tenían lenguas. Volvió a estremecerse. Nunca su curiosidad de periodista se había encontrado con una papeleta como aquélla.

—¿Qué les pasa...? ¿Qué les pasa...? —les preguntó.

Y acto seguido sacó un pequeño bloc y un bolígrafo, entregándolos al primero que quiso cogerlos.

En seguida vio escrito:

> «Esta es la Mansión de los Locos.»

—Pero, ¿quién les tiene aquí? —quiso saber.

El otro estaba ya escribiendo:

> «Avise a la policía. Hágalo antes de que sea tarde. Todo el que llega aquí, no sale...»

No escribió más. De súbito se abrió una puerta y en aquel lugar del sótano apareció un hombre de descomunal estatura, de gesto feroz.

—¿Qué estáis haciendo? —barbotó.

Reparando al instante en el intruso, volvió a cerrar rápidamente la puerta. Tenía que actuar con presteza si quería que quedara subsanado el error. No tenía que haber dejado abierto el ventanuco.

Así lo comprendió el propio Dean Hook. Se puso en pie, pues, dispuesto a huir de allí lo más rápidamente posible. Aquello se había puesto muy feo.

Pero no tuvo tiempo de huir. Aún no se había alejado ni cien metros y ya había sido alcanzado por aquel sujeto, el mismo que había visto aparecer en el sótano.

Dean Hook se debatió, luchó esforzadamente. Fue inútil. Era pequeño, endeble, y aquel hombre le atenazó entre sus brazos como si sólo fuera un vulgar muñeco.

Unos cinco minutos después, despavorido, horrorizado, Dean Hook se veía tendido en una mesa de operaciones. Atado con correas de pies y manos.

—¿Qué significa esto...?

Estuvo allí un par de horas. O quizá más. Había ya estrellas en el cielo cuando apareció aquel hombre con bata blanca y máscara antiséptica. Veía las estrellas a través del ventanuco enrejado. Un ventanuco como aquel otro, de lo que dedujo que aquello también formaba parte del sótano de la vieja mansión.

—¿Qué significa esto...? —inquirió una vez más, y el espanto le agarrotaba.

—Significa que voy a operarle —la voz a través de la máscara antiséptica, sonó cavernosa.

—¿Operarme a mí? —se había quedado helado, petrificado—. ¡Pero si yo estoy sano! ¡A mí no me pasa nada!

—Voy a quitarle los párpados —seguía sonando cavernosa aquella voz—. Y luego le cortaré la lengua... Así no podrá gritar y me evitará complicaciones...

—¡Está usted loco! —exclamó Dean Hook, descompuesto, totalmente descompuesto.

—No lo estoy —le respondió—. Sólo pretendo que llegue a estarlo usted.

Aparecieron dos mujeres. Ambas con uniformes de enfermeras. Ambas de mediana edad, con el cabello pulcramente peinado hacia atrás.

Tras acercarse a la mesa de operaciones, una de ellas dijo:

—Se nos ha acabado el cloroformo, doctor. Habrá que dejarlo para otro día...

—No —dijo el doctor—. Lo haremos de todos modos... —y agregó del modo más espeluznante—: Empezaremos por la segunda operación... Así evitaremos que escandalice... Cuanto más discretamente trabajemos, tanto mejor...

Dean Hook abrió la boca para gritar.

Ya no la cerró.

Las dos enfermeras se encargaron de ello.

Como el doctor se encargó de que su lengua, breves instantes después, se hallara fuera de la boca.

En su boca sólo dejó una inundación de sangre...

Hecho esto, el doctor se detuvo, se inmovilizó. Quedó a la espera. Sabía que su paciente iba a desvanecerse.

Efectivamente, Dean Hook perdió el conocimiento. Había sentido un dolor horrible, insoportable. Demasiado dolor para poder soportarlo a lo vivo.

Acto seguido, el doctor cogió las pinzas y de nuevo el bisturí.

Esta vez le tocó el turno a los párpados.

CAPITULO II

Jeff Carron era un joven delgado, alto y fuerte. Tenía el cabello castaño, un rostro de rasgos muy varoniles y la tez bronceada por el sol. Las mujeres coincidían en afirmar que resultaba muy atractivo.

Era periodista.

Lo mismo que su amigo Dean Hook.

Pero su amigo había desaparecido y aquello empezaba a sonar mal. Tan mal que Jeff Carron, tras el último informe facilitado por la policía, decidió investigar por su cuenta y riesgo.

Y sabiendo el lugar en que había sido encontrada su moto averiada, optó por dirigirse hacia allí sin más demora. Sería aquél, sin duda, el mejor punto de partida.

—Necesito una semana de permiso —le dijo al director del periódico.

—¿Para qué? ¿Para qué si puede saberse...? —le increpó con su acostumbrado mal carácter.

—Debo encontrar a alguien.

—Sin duda a una mujer, ¿no? Hay que conocerle, Carron, siempre está metido en líos de faldas.

—Ahora no se trata de eso, jefe. Se lo aseguro. Es que tengo que dar con Dean...

—Eso corresponde a la policía.

—También corresponde, creo yo, a un buen amigo.

—De acuerdo, Carron —cedió—. Por tratarse de usted... Pero espero que me traiga algún artículo interesante...

—Cuente con eso.

—Una semana —le recordó—. Ni un día más, ¿eh? El sueldo corre y cuando se trabaja para mí hay que ganarse lo que se cobra. Y usted cobra mucho, Carron; siempre me está pidiendo aumento de sueldo.

—Si se lo pido y me lo da, sin duda es porque valgo lo mío, ¿no le parece, jefe?

—Bueno, no se dé más coba a sí mismo. Puede irse. Buena suerte, Carron.

—Gracias, jefe.

Media hora después había salido ya hacia Nawtton. Aunque sabía que había de detener su coche varios kilómetros antes, donde viera un pequeño motel.

Allí empezaría el juego. Aunque mucho se estaba temiendo que resultara un juego dramático.

Como fuera, no podía seguir cruzado de brazos. Tenía que actuar. Mejor o peor, como supiera hacerlo. Cualquier cosa antes que ese no saber a qué atenerse. Acababa de ver el motel. Detuvo el coche.

Al poco se apeaba y se dirigía hacia allí. Donde fue recibido con toda cordialidad por su propietario, un hombre muy grueso y muy colorado de

cara.

—Me quedaré aquí unos cuantos días —le comunicó.

—Muy bien, señor —e inquirió—. ¿Trae usted equipaje?

—Una maleta. La he dejado en el coche.

—Ahora mismo se la llevarán a su habitación. ¡Helen! ¡Tina! —llamó fuerte.

Aparecieron dos camareras. Ambas sonreían.

—A su disposición, señor —dijo una.

—Mande lo que desee, señor —dijo la otra.

Evidentemente estaban bien enseñadas. Atender y complacer al cliente era lo primero. Cuando quedó arreglado lo concerniente a su alojamiento en el motel, Jeff Carron preguntó:

—Oiga, ¿qué me dice de esa casa que se ve a lo lejos...? Esa casa grande...

No hizo falta más para que se ensombreciera la expresión de aquel hombre.

—¿Es usted de la policía? —quiso saber

—No —respondió.

—¡Ah, menos mal! —Y reconoció—: Estas últimas semanas han venido muchos por aquí, ¿sabe? Desde que desapareció un joven, al que se le había estropeado la moto no lejos de este lugar...

—Era un buen amigo mío. Mi mejor amigo.

—Comprendo.

—Dígame, por favor, y perdóneme la insistencia, ¿esa casa grande que se ve a lo lejos...?

—A esa casa, que es una vieja mansión, se dirigió su amigo luego de desoír mis consejos. No volví a verle.

—¿Luego de desoír sus consejos...?

—Sí, le dije que no fuera, que se contaban cosas poco agradables de esa vieja mansión.

—Cuénteme esas cosas ahora a mí, ¿quiere?

—Dicen que hay fantasmas.

—¿Fantasmas? ¡Vaya por Dios!

—Su amigo se lo tomó a broma, y se dirigió hacia allí tan tranquilo. No sé lo que pudo pasarle, pero sin duda no ha sido nada bueno.

—¿Quién vive allí?

—Lo mismo me preguntó su amigo. Y le respondí lo mismo que ahora a usted... El doctor McSyler, su cuñado el doctor Blomppon y el hijo de éste, que también es doctor y se llama Larry... Y Loretta, la hija del doctor McSyler, una chica preciosa... Por cierto — añadió en esta ocasión— hace mucho que no la veo.

—¿A la chica preciosa? —quiso concretar.

—Sí, a la hija del doctor McSyler.

—¿Y qué tal persona es el doctor McSyler? ¿Puede informarme usted?

—No le conozco. Ni ganas, si he de decirle la verdad. No es que sea

miedoso, ni que crea en fantasmas, pero prefiero no meterme en líos. Me comprende, ¿verdad?

—Claro que sí.

—En cuanto a su pregunta, el doctor McSyler, el dueño de esa vieja mansión es, según dicen, una persona de trato muy agradable. Aunque últimamente no parece el mismo, es como si le pasara algo... Algo grave que no quisiera decir a nadie...

—Extraño, ¿no?

—Tal vez el asunto de los fantasmas le tiene preocupado —insinuó—. Yo en su caso, confieso que...

—O quizá —terció Jeff Carron— con la excusa de los fantasmas pretende tener alejadas a las personas de su vieja mansión.

—¿Por qué iba a pretender eso? Parece no tener sentido lo que ha dicho...

—Según como se mire —y ya sin más preámbulos—: Mire, yo voy a investigar al respecto. Un colaborador me vendría muy bien. ¿Puedo contar con usted?

—¿Conmigo? —se atragantó, poniéndose aún más colorado de lo que ya era habitual en él.

—Sí, con usted. ¿Qué? ¿Puedo o no puedo contar...?

—Pues si me apura... —tartamudeó— pues... pues sí, sí. Siempre y cuando, claro, no se trate de intervenir directamente.

—No se preocupe, seré yo el que dé la cara en todos los casos. Pero para según qué otros menesteres... —y añadió para terminar de convencerle—: Habrá unos buenos billetes para usted.

—De acuerdo —se decidió, habiéndole brillado las pupilas al oír hablar de dinero. —Bueno, voy a echar una ojeada a esa vieja mansión. Esto es lo primero. —Tenga cuidado.

—Aún es de día y los fantasmas sólo aparecen de noche. Así que no debo temer nada. —De todos modos tenga cuidado. Por si acaso.

—Por si las moscas, claro. A propósito, ¿quién vive en la otra casa, en la pequeña, en la que apenas se repara...?

Acababa de hacerle la misma pregunta que su amigo Dean Hook.

La respuesta también fue la misma:

—Según dicen, un artista de cine. Joven y guapo hasta que se desencadenó un violento incendio en los Estudios Cinematográficos donde estaba trabajando y sufrió quemaduras de tercer grado, sobre todo en el rostro... Por eso lo oculta, siempre, en todo momento, tras una bufanda que le cubre hasta los ojos. En realidad, nadie le conoce aún...

—Un relato de película, ¿eh? —comentó, y sin más había de despedirse—. Bueno, hasta luego.

Y a continuación, Jeff Carron anduvo con pasos largos, ágiles, a través del terreno seco, árido, donde sólo crecía la maleza. Donde sólo aparecía de vez en cuando algún que otro árbol solitario.

Anduvo con firmeza, con seguridad.

Pero cuando ya estaba cerca, se detuvo. ¿Acaso vacilaba, como le había sucedido a su amigo Dean Hook? ¿Acaso algo en su interior le estaba aconsejando que no avanzara más?

Nada de eso. Jeff Carron no se dejaba impresionar por las circunstancias. Estas no hacían mella en él por arduas y comprometedoras que pudieran ser.

Siguió adelante.

Hasta que, inesperadamente...

Algo le molestó vivamente en los ojos, y tuvo que levantar la mano y tapárselos para quedar protegido del rayo que llegaba hasta sus pupilas, hiriéndoselas.

Luego apartó la mano y miró de nuevo hacia allí.

Se dio cuenta de lo que se trataba. Alguien, con un espejo y la ayuda del sol, le estaba haciendo reflejos.

Se fijó mejor y vio que era una muchacha, desde una de aquellas altas ventanas, la que se divertía de aquel modo tan infantil. Pero, ¿se estaba en verdad divirtiendo...? Seguro que algo más se escondía tras aquella acción al parecer tan ingenua e inofensiva. Persistieron reiteradamente los reflejos del espejo y Jeff Carron tuvo la corazonada de que le estaban pidiendo un S.O.S. Pero aquella ventana pertenecía a la vieja mansión del doctor McSyler. ¡Cuidado, que bien podía tratarse de una encerrona!

* * *

Se había hecho de noche.

Y Jeff Carron, tras sacar la cajetilla de tabaco y encender un cigarrillo, dijo al dueño del motel:

—Si no volviera, llame a la policía y dígales que estoy atrapado en esa vieja mansión. Dígalo sin lugar a dudas. ¿De acuerdo?

—Sí, señor —asintió—. Pero..., pero... —había vacilado ostensiblemente —, ¿hasta cuándo he de esperarle?

—Dentro de un par de horas estaré de regreso —habló sin sacarse el cigarrillo de entre los labios—. De no ser así, haga lo que le he dicho.

—De acuerdo.

Jeff Carron se alejó con pasos largos, ágiles, a través del terreno seco, árido, sorteando la maleza. Pero en esta ocasión miraba con frecuencia hacia la pequeña casa. Pensaba si seria cierta o no la historia de ese artista de cine que se negaba a mostrar al mundo su rostro desfigurado.

De pronto, de la forma más inesperada, se lo encontró. Era él, no cabía duda. Iba cubierto con una bufanda hasta los mismos ojos.

—Buenas noches —fue Jeff Carron el primero en detenerse y saludarle.

—Buenas noches —la respuesta fue inmediata. Y acto seguido—: Se dirige a la mansión del doctor McSyler, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Por aquí sólo hay dos casas, la suya y la mía. Y como a la mía no va

nunca nadie... — relucieron sus ojos.

Jeff Carron pensó que relucían demasiado. En ellos había rabia, rencor, incluso odio. Estaba claro.

—La soledad no es buena... —empezó a decir Jeff Carron.

—No, no lo es —convino el hombre tapado con la bufanda hasta los ojos —, Pero la prefiero a tener a mi lado a quienes no son capaces de comprenderme. Supongo que ha oído hablar de mí... y de mi pasado...

—Sí —reconoció.

—De joven lo tuve todo. Ahora no tengo nada. Bueno —y con cierta precipitación— No quiero entretenerle más. Sé de sobras que no resulto una persona grata. Adiós —y se despidió.

Pocos minutos después, Jeff Carron había llegado de nuevo cerca de la vieja mansión, la cual, en medio de las sombras, daba la sensación de ser aún más grande.

Dirigió su mirada hacia la puerta principal, alta y amplia, con un pesado aldabón. Luego la dirigió hacia las ventanas del segundo piso, localizando aquella en la que, horas antes, viera a la muchacha.

La ventana se hallaba a oscuras. Como a oscuras se hallaba el resto de la edificación. Por lo visto todos sus ocupantes se habían retirado ya a descansar.

Jeff Carron se agachó y recogió unas cuantas piedrecitas. Al poco las arrojaba sobre los cristales de aquella ventana.

Breves instantes después, ésta se abría, apareciendo ante sus ojos la silueta de la muchacha. Una silueta apenas perceptible, pues la ventana seguía a oscuras.

Jeff Carron llevaba una gruesa cuerda. Sujetando un extremo y enrollando el resto, la arrojó de pronto hacia arriba.

Acertó a la primera. La cuerda llegó a la ventana y la muchacha pudo atraparla.

—Sujétela fuerte... —le dijo Jeff Carron, procurando no alzar demasiado la voz.

—Sí, sí —asintió ella. Y cogió la cuerda y desapareció del marco de la ventana. Al poco, no obstante, reaparecía—. Ya está... Ya está...

Jeff Carron tiró el cigarrillo. Luego dio un par de tirones a la cuerda, asegurándose de que estaba fuerte. Entonces trepó por la fachada.

Trepó con ligereza, con habilidad. Parecía como si aquello lo estuviera haciendo a diario.

Una vez arriba, habiendo alcanzado la ventana, se sentó en el alféizar y ya allí pasó las piernas por el otro lado y saltó al interior de la habitación. Era un dormitorio. Ya para entonces la muchacha había encendido la discreta luz de la mesilla de noche.

Jeff Carron la miró. Era muy guapa, de grandes y oscuros ojos, de brillantes y largos cabellos negros. No tendría más de veinte años.

Adivinó un cuerpo tentador tras la bata que se ajustaba a su estrecho talle. Sus formas se marcaban deliciosamente. Daba gusto pasar por allí la mirada.

—Gracias... —musitó ella.

—Pero, bueno, ¿usted quién es? —y antes de que ella le respondiera — : Sus señales equivalían a un S.O.S. ¿verdad?

—Me llamo Loretta. Soy la hija del doctor McSyler. Sí, con el espejo le estaba pidiendo ayuda...

—¿Qué clase de ayuda?

—¡Si supiera usted !

—Estoy deseando saber —le aseguró Jeff Carron.

—Me encuentro en una situación realmente angustiosa. De ello que me haya atrevido a pedir ayuda a un desconocido... Porque usted para mí sólo es eso, un desconocido... Consciente de que yo no soy más para usted, le pido disculpas...

—No se moleste en disculparse y dígame lo que sucede. Yo la ayudaré si es que está en mis manos el hacerlo. Por cierto, me llamo Jeff... Jeff Carron, periodista.

—Mucho gusto. Y nunca mejor dicho, porque respiro infinitamente mejor, créame, desde que ha llegado usted —esbozó una tenue sonrisa.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras!

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Estoy prisionera... —le hizo saber con un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

—¿Qué? —se asombró él.

—Prisionera —repitió.

—Explíquemelo mejor.

—Mi padre me quería, y yo le quería a él, y todo iba bien entre nosotros —empezó diciendo Loretta—, Pero del modo más incomprensible... —se detuvo con un leve temblor en la voz.

—¿Qué ha sucedido del modo más incomprensible? —inquirió Jeff Carron.

—Mi padre ha cambiado, y de un modo tan absoluto, tan radical, que no sé qué pensar. Quizá se trate de su salud, que desde hace años está muy deteriorada... Tan deteriorada, que ahora suele permanecer casi todas las horas del día hundido en un sillón, cabizbajo... Bueno, yo sólo sé —agregó— que desde hace varias semanas estoy prisionera en esta habitación. No me dejan salir.

—¿Qué explicación da su padre a este insólito comportamiento?

—Dice que así debe ser, y de esto no le saca nadie.

—Pero es totalmente absurdo... Oiga, ¿y qué opinan de esta situación los demás componentes de la familia? Algo deben decir, ¿no?

—Mi tío, hermano de mi madre...

—¿Vive su madre? —quiso saber, antes de dejar proseguir a la muchacha.

—No —contestó Loretta con tristeza —. Mi madre murió cuando yo era muy niña.

—Continúe...

—Pues mi tío asegura una y otra vez que no entiende nada y dice y repite que esta situación es intolerable. En cuanto a Larry, mi primo...

—¿Qué dice al respecto? —y esperó la respuesta con interés, con sumo interés. —Dice que no va a consentir que esto dure mucho más, y que si es necesario que él intervenga, lo hará... Pero mi padre es el dueño de la casa y suyo es asimismo el dinero que aquí se gasta, y lo cierto es que le contraría la idea de enemistarse con él. De ello que vaya demorando el momento de ponerse abiertamente de mi parte.

—¿En qué trabaja su primo?

—Es médico. Pero no ejerce, actualmente está dedicado exclusivamente a unos estudios científicos.

—¿Y su tío?

—También es médico.

—¿Tampoco ejerce...? —había presentido que ninguno de los dos lo hacía.

—No, tampoco. Tuvo un caso desgraciado y perdió la clientela.

—¿Un caso desgraciado...? —inquirió Jeff Carron.

—Sí —asintió ella.

—¿Por qué no me cuenta lo que le sucedió?

—Estaba interviniendo a un paciente, en la cabeza... —le explicó—. Mi tío es cirujano, como lo es mi padre y mi primo Larry, ¿sabe? Todo iba bien en la intervención, se trataba de un tumor benigno que había sido posible extirpar con toda limpieza... Pero mi tío, de un modo inconcebible, de un modo a la vez cómico y macabro, resbaló y cayó torpemente hacia adelante... Las gafas se le desprendieron de las orejas. Dio la trágica casualidad de que fueran a caer en la abierta cabeza del paciente.

—Supongo que conseguiría rescatar las gafas sin mayores dificultades.

—Se equivoca —dijo Loretta—. Cuando intentó hacerlo, cometió una nueva e inconcebible torpeza y rompió los cristales de las gafas... Y los cristales se desparramaron hirientemente por entre la masa encefálica...

—¿No hubo nada que hacer?

—Nada. Aún vivió unas cuantas horas, pero no fue posible salvarle. Aunque lo más trágico de todo fue, sin duda, que el paciente se enteró de lo sucedido... Tal vez, a pesar de la anestesia, captó lo que pasaba a su alrededor... Quizá, simplemente, macabramente, sentía los cortantes cristales dentro de su cerebro acabando inexorablemente con su vida.

—Lamentable.

—Habló con su esposa. Le dijo que mi tío acababa de asesinarle. Le dijo que los cristales de sus gafas estaban allí, dentro de su cabeza... Su esposa le quería mucho, y así que él murió, corrió desesperadamente hacia el despacho que mi tío tenía en aquella clínica y juró que iba a matarle... En medio de gemidos y llanto, cogió un abrecartas que había sobre la mesa del escritorio y quiso clavárselo. Al no conseguirlo, abrió la ventana y se arrojó a la calle desde aquel tercer piso.

—¿Murió?

—Sí. Pero no exactamente de la caída. Fue fatalmente a parar a...

—¿Adónde?

—En aquel preciso momento pasaba un camión, iba camino de un circo, llevaba una caja de madera con leones... Una espeluznante coincidencia. De lo brusco y violento de la calda, la mujer curvó, astilló y rompió las maderas del techo de la caja y cayó junto a las fieras. Entonces se puso a gritar... No se supo bien si del horrible dolor que sentía en sus miembros rotos, o del terror de verse ante las fauces de aquellos leones... Pero gritó poco... Los leones cayeron vorazmente sobre ella. Cuando la caja llegó al circo y el domador pudo intervenir, de la pobre mujer sólo quedaban ya los huesos. En fin —concluyó Loretta—, todo eso le afectó mucho a mi tío.

—Por lo que me ha dicho, hay tres doctores en la familia...

—Sí —asintió, y alzó sus ojos negros con decisión, sin pestañear siquiera—, Y esto es en realidad lo que más me asusta...

—No la entiendo.

—He visto entrar en esta casa a varias personas... —se lo confesó con absoluta sinceridad, bien mirado aquel hombre joven, alto y fuerte era su única esperanza.

—¿Y qué? —inquirió él.

—No he visto salir a ninguna.

—¿Está segura?

—Segurísima.

—¿Y cree que...?

—No creo nada. Sólo sé que alguna noche he oído gritos. Gritos de pánico, de terror, que han herido mis tímpanos, y me han angustiado el alma... —un nuevo escalofrío le había recorrido el cuerpo—. Cuando al día siguiente he hablado de ello, nadie ha oído nada. ¡Nada en absoluto!

—Quizá sean figuraciones suyas.

—No lo son, desgraciadamente. Y convencida de ello me he atrevido a interrogar a los componentes del servicio.

—¿Y bien... ?

—La criada y la cocinera, dos buenas mujeres de la localidad, reconocen que a veces les ha parecido oír algo... Pero no afirman nada, se limitan a aceptar esa posibilidad. En cuanto al nuevo mayordomo, niega que eso sea cierto, lo niega categóricamente. Lo que a mí me reafirma en mi propia certeza, pues es una persona que me inspira una total desconfianza... Debe ser, tal vez, lo admito, por su apariencia física... Sólo mirarle me infunde temor... Es un hombre de descomunal estatura, que más parece una bestia que un ser humano. No comprendo cómo mí padre le admitió.

—Bueno, resumiendo —dijo Jeff Carron—, usted está prisionera en esta habitación desde hace varias semanas, ¿no es eso?

—Sí.

—Dígame qué espera de mí... ¿Acaso que la ayude a bajar por esa cuerda?

—Algo así esperaba cuando con el espejo he pretendido llamar y atraer su atención. Pero ahora..., ahora... —se quedó con la frase sin terminar.

—¿Qué pasa ahora?

—Pienso en mi padre —dijo Loretta—. Bien mirado no puedo admitir que sea malo... Es cierto que se porta conmigo de un modo cruel... Sí, lo reconozco... Aún así...

—Para usted sigue siendo un padre querido, ¿no es eso?

—Sí.

—Entonces, si usted le quiere y no desea escapar, ¿qué hago yo aquí?

—¡Oh, perdóneme! —Se desconsoló la muchacha—. Ahora comprendo que no he debido proceder de la forma que lo he hecho. Pero, hágase cargo, me asusto tanto cada vez que oigo gritos... Me asusto tanto —repitió— al ver que en esta casa entran personas y ya no salen...

—Sí, sí, me hago cargo —concedió Jeff Carron—. Pero convenga conmigo en que, puestas así las cosas, yo estoy aquí de más. A menos que me quede para consolarla... —y la acarició con la mirada, quedándose con las ganas, por descontado, de hacerlo de otro modo.

—¡Qué dice! —se escandalizó ella.

—Digo eso, lo que ha oído que si quiere me quedo para consolarla. Le advierto que entre mis brazos se encontraría bien y lo olvidaría todo.

—¡ No sea desvergonzado! —y seguía escandalizada.

—Yo a usted la encuentro preciosa. ¿Y usted a mí, qué tal? ¿No soy su tipo? —se acercó más a ella.

—Está usted muy bien, pero que muy bien —no obstante esta aseveración, Loretta retrocedió precavidamente los pasos que él había adelantado — . Seguro que tiene éxito con las mujeres. Pero según con cuáles, ¿comprendes? Yo soy una chica seria.

—Si me lo dice tan convencida, voy a tener que creerla. Claro que sí.

—No va a quedarle otro remedio.

—Entonces, ¿no tengo nada que hacer en ese plan?

—En absolu...

No acabó la frase. Jeff Carron se había acercado de nuevo, la había cogido por el talle y la estaba besando ya. ¡Y cómo la estaba besando!

—Es usted un fresco... —se quejó la muchacha al quedar libre de la impetuosa caricia. Pero la caricia le había gustado y los ojos le brillaban significativamente.

—Sólo siendo un fresco se encuentran oportunidades... —dijo él—, Y a mí, la verdad, desde que viví mi primera experiencia sexual, me encanta darle al acelerador. Un acelerador, por cierto —detalló— que funciona de maravilla.

—Será mejor que se vaya —dijo Loretta —. La cuerda está bien sujeta a la pata de hierro de la cama, como puede ver, así que no va a fallarle.

—No me atrae nada la idea de irme. Le doy mi palabra, me gustaría mucho más que nos pusiéramos a hacer el amor. —Está perdiendo el tiempo.

—Lo creeré si me deja besarla de nuevo y luego sigue diciéndome que no...

—No, no... —se sobresaltó.

—¿Acaso le parezco peligroso?

—Sí, sí... —reconoció esta vez—. Como hombre, sí.

—¡Vaya, esto ya está mejor! —exclamó complacido. Pero recordó lo que había concretado con el propietario del motel y agregó—: Pero pienso que no debo insistir, he dicho a cierta persona que regresaré pronto. De no hacerlo... —y sin más se dirigió hacia la abierta ventana.

—¡Oh!, ¿se va...? —se angustió ahora la muchacha. —Claro.

—¿Y qué va a ser de mí? ¡Oh, Dios mío!

—Parece no saber lo que quiere. Si me quedo mal y si me voy también. —Pero no quiso ser severo al ver que las lágrimas aparecían en los oscuros y bonitos ojos de Loretta. Se ablandó—. Bueno, la verdad es que la comprendo. Su situación es muy delicada y no resulta sencillo tomar una determinación. Mire, vamos a hacer algo. Por lo menos voy a hacerlo yo...

—¿Qué es ello?

—Mañana vendré de nuevo a esta casa. Pero no entraré como hoy por la ventana, lo haré como debe hacerse, por la puerta principal.

—¿Y cómo va a arreglárselas para conseguirlo? —quiso saber ella.

—Llamando, claro. Hay un aldabón, ¿no? Pues lo haré sonar.

—¿Y después?

—Ya se me ocurrirá algo para no quedarme en la puerta.

—¿Y después...? —volvió a decir.

—Conseguiré que la dejen salir a usted de esta habitación, aunque sólo sea de momento. Con lo cual ya habremos adelantado algo, ¿no cree? Y bueno, sobre la marcha iré improvisando...

* * *

El dueño del motel había sacado el pañuelo y se estaba secando el sudor que perlaba su frente. Mientras tanto, tonto y nervioso, miraba su reloj de pulsera. Jeff Carron le liberó de su angustia apareciendo tan tranquilo.

—Aquí estoy. Sin novedad.

—¡Uf! —Bufó, y se secó una vez más la frente—. Faltaba ya poco para que se cumplieran esas dos horas que me dijo.

—Tranquilo. Todo ha ido bien.

—¿Ha conseguido averiguar algo?

—Nada.

—No es mucho.

—Mañana volveré por ahí, tengo ya medio trazado un plan. A propósito, si mañana al mediodía no he vuelto, ya sabe lo que tiene que hacer, avisar a la policía.

—De acuerdo.

—A menos que haya tenido noticias mías. Me refiero a que, si tan bien reciben en la vieja mansión, a lo mejor me invitan a almorzar. En tal caso le telefonearé haciéndoselo saber.

—Supongo que ha bromeado al decir eso de que le inviten a almorzar.

—No del todo —reconoció Jeff Carron.

No siguieron hablando porque se dejó oír el motor de un coche. Acababa de detenerse.

Se apearon un hombre y una mujer. El era muy joven y poco favorecido físicamente. La mujer iba muy pintada y vestía muy provocativamente. Tendría unos cuarenta y cinco años.

—Voy a atenderles... —dijo el dueño del motel, y se apresuró a salir al encuentro de sus nuevos clientes—. Buenas noches, señor. Buenas noches, señora. ¿Desean pernoctar aquí esta noche? Quedarán complacidos, estoy seguro. Este local es agradable, cómodo, muy discreto...

Jeff Carron acababa de reconocer a la mujer. Era una, ¿cómo decirlo? En Nueva York, donde estuvo de jovencito, se las llamaba «call-girls», es decir, ramera por teléfono.

Se telefoneaba a un número, se pedía lo que se deseaba, detallando las características físicas apetecibles, y al poco la interesada llegaba a donde se la había citado y te decía:

—Hola, guapo. Aquí me tienes. Ya verás qué bien lo pasamos juntos.

Jeff Carron la conoció unos diez años atrás. En Nueva York, precisamente. ¿Qué haría ahora allí, en Inglaterra, por lo visto dedicándose a lo mismo de siempre?

Entonces tenía un cuerpo perfecto, deliciosamente curvilíneo, y unos ojos soberbios y una boca enloquecedora. No se parecía en nada a la mujer que era ahora, con el cuerpo fofo, con los ojos cargados de pintura, y con la boca afeada por las arrugas de sus comisuras.

Jeff Carron vio cómo ella también le miraba.

Ella no quiso, empero, demostrar que le había reconocido y se colgó del brazo de su joven acompañante. Tan joven y tan nervioso que se comprendía, o por lo menos se adivinaba, que aquél iba a ser su primer escarceo amoroso, su primer roce sexual. «Con Raquel aprenderá pronto —pensó Jeff Carron guiándose por su propia experiencia.»

Poco después, se fue a su habitación y de desnudó. Ya en la cama encendió un cigarrillo.

Tenía ese pequeño vicio, el último del día había de ser acostado, antes de dormirse. Pero no llegó a dormirse. Oyó un pequeño ruido y agudizó el oído. Alguien estaba girando el pomo de la puerta. De una puerta que no se había molestado en cerrar. —Soy yo... —oyó la voz femenina —. Soy yo...

Se incorporó en la cama y alargó la mano para encender la luz de la mesilla de noche. Pero su mano se vio detenida por la de ella.

—Por favor, Jeff —suplicó—, no la enciendas. Basta con la claridad que entra por la ventana.

—Como quieras.

—Ya no soy la que era. Aun sabiéndolo, no he resistido la tentación de venir a verte. —Has hecho bien —no quiso herirla —. ¿Sabes lo que te digo? No te hubiera perdonado que no vinieras. Pero has llegado acompañada...

—Sí, pero él es sólo un crío, así que me ha costado poco sacar una excusa... Me esperará lo que haga falta... Puedo dedicarte un rato... —y se sentó en el borde de la cama, muy pegada a él.

—Gracias —dijo Jeff Carron.

—Debe haberte sorprendido encontrarme aquí en Inglaterra, ¿verdad?

—Sí, francamente.

—Vine con un tipo que decía quererme —le explicó—. De eso hace ya mucho, claro... Pero nada, de promesas no pasó. Así que tuve que volver a lo mío. Y puesto a hacerlo, ¿para qué regresar a Estados Unidos si en todos los lados los hombres buscan lo mismo y pagan más o menos parecido?

—Sí, claro.

—Me quedé. Y sigo en la brecha, y seguiré mientras el cuerpo aguante. Oye, Jeff, ¿sabes una cosa...?

—Dímela.

—Me encantó conocerte. Apenas te vi, tan alto, fuerte y guapo, quedé encandilada y me juré a mí misma que no te me ibas a escapar...

—Me acorralaste —dijo Jeff Carron—; lo recuerdo perfectamente. Ni siquiera te desanimó saber que no llevaba ni un solo centavo en los bolsillos.

—Te hice subir los colores a la cara en más de una ocasión, ¿recuerdas? Yo era endiabladamente veterana en cuestiones de sexo y tú...

—Aún no había ido con ninguna.

—¿Qué edad tenías?

—Todavía no había cumplido los diecisiete.

—Aparentabas más.

—Me fascinaste con tu atractivo, con tu hermosura, Raquel. No había conocido otra como tú —la aduló.

—Fue una hermosa noche, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Y nos vimos varias veces más... Hasta que tú tuviste que volver aquí, a Inglaterra.

—Sí.

—Lástima que yo no sea ya aquélla. ¡Qué a gusto repetiría aquella deliciosa borrachera! Porque cada noche era una borrachera de placer...

—¡Y que lo digas!

—Pero ya no soy aquélla...

Jeff Carron captó la enorme tristeza que había en aquella voz y no se vio capaz de permanecer insensible. Tal vez porque siempre había sabido que Raquel se había enamorado de él. De una manera absurda, ridícula, ciertamente. Pero se había enamorado.

—¿Y por qué no repetir? —inquirió él.

—Ya me has visto cuando he salido del coche, no me parezco a la que conociste. Estoy muy pasada... Inútilmente intento disimular los años que tengo...

—A mí me has parecido deliciosa.

—¿De veras? —se le animó la voz.

—No lo dudes.

Raquel se inclinó sobre el joven periodista y buscó su boca. Le dio un beso inacabable, hambriento, famélico.

Jeff Carron la abrazó, le devolvió el beso y la hizo caer en la cama.

CAPITULO III

Se acercó a la amplia puerta de la vieja mansión, y sujetó el pesado aldabón, haciéndolo sonar un par de veces. Los golpes sonaron en toda la edificación.

Jeff Carron quedó a la espera de que la puerta se abriera.

Lo que sucedió poco después.

Pero tuvo que tragar saliva al ver las trazas del mayordomo. ¡Qué razón había tenido Loretta al asegurar que parecía más una bestia que un ser humano! Estatura de gigante, cabeza pelada, ojos saltones, dientes enormes. Eso sí, perfectamente uniformado.

—¿Qué desea? —su sola voz parecía ya amenazar.

—¿Podría ver al doctor McSyler? —la pregunta resultó de lo más lógico y natural del mundo.

—El doctor McSyler no recibe visitas —le comunicó.

—Hoy hará una excepción, estoy seguro. Dígale que está aquí el señor Carron... Jeff Carron, periodista. Me envía mi periódico para... Bueno, el motivo de mi presencia se lo explicaré mejor al propio doctor McSyler.

—Le he dicho que no recibe visitas —y el tono de su voz, por descontado, no se había suavizado lo más mínimo.

—Y yo le he dicho —insistió Jeff Carron— que mi periódico...

—¿Quién es, Adam? —interrumpió alguien, sin dejarse ver.

—Es un desconocido, doctor. Pretende hablar con usted. Acabo de decirle que usted no recibe, pero...

—Pero necesito verle, doctor McSyler —y sin vacilaciones de ninguna clase, con una desenvoltura absoluta, Jeff Carron se introdujo en el vestíbulo de la vieja mansión. Un vestíbulo de amplísimas proporciones, con una ancha y alfombrada escalera a la izquierda. En el techo una enorme lámpara. A la derecha varias puertas. Una de éstas abierta. Allí en el dintel un hombre de unos sesenta años, con el cabello muy blanco.

—Usted es el doctor McSyler, ¿verdad? —inquirió a continuación.

—Sí, sí... —asintió el aludido.

—Soy periodista y me llamo Jeff Carron —se presentó antes de nada. Y aclaró—: Me trae el asunto de los fantasmas.

—¿Qué fantasmas? —preguntó el doctor McSyler.

—Los que aseguran que hay en esta vieja mansión.

—No creerá usted en esas cosas.

—Claro que no —aseguró— Pero de esto puede sacarse un buen artículo, ¿no le parece a usted? Por lo que, contando de antemano con su amabilidad...

—Tengo demasiado trabajo para poder ser amable, más aún tratándose de un asunto tan trivial, tan intrascendente, por calificarlo de alguna manera. Lo lamento, joven, pero tendrá que marcharse.

—Se lo estaba diciendo yo —intercaló Adam, al mayordomo—. Pero no

me ha hecho caso y se ha colado.

—Me hago cargo, atenderme le ocasionaría algunos trastornos. Pero a cambio les evitaría otros... —lo soltó así, por las buenas, como si nada.

—¿Otros? —preguntó el doctor McSyler, levantando una ceja tan blanca como su cabello.

—Me refiero —dijo Jeff Carron— a que se habla mucho de los fantasmas de esta casa. Sin duda más de la cuenta, de ello que la policía esté dispuesta a intervenir... Lo sé porque el inspector Catten, un buen amigo mío, me lo dijo. Fue entonces cuando yo le dije a él: «Déjame ir a mí primero, así serán para mí las primicias. Por una parte me haces un favor, y por la otra, quizá, te lo hago yo a ti. Si todo resulta agua de borrajas, te lo haré saber y te habrás evitado el trabajo de investigar...»

—No podía imaginarme —repuso el doctor McSyler— que las habladurías de la gente ignorante pudieran haber llegado tan lejos.

—¡Oh, sí! —Aseguró el periodista—. Se cuenta cada cosa, que uno bizquea sólo de recordarlo. Se asegura que los fantasmas gritan y que...

—Pero, bueno, ¿qué es en definitiva lo que desea usted de mí? —había oído mencionar al inspector Catten y se mostraba evidentemente mucho más propenso, no sólo a dialogar, sino también a colaborar.

—Me gustaría visitar un poco la mansión —dijo Jeff Carron—, hablar otro poco con sus ocupantes y pasar una noche aquí. Este último requisito es imprescindible, claro, de noche es cuando aparecen los espíritus del otro mundo —y agregó—: Por descontado, me bastará un diván y una manta. No les ocasionaría más molestias —y para terminar de convencer, añadió—: Les ocasionaría más, no lo dude, mi amigo el inspector Catten.

—Bueno, pues si esto es lo que usted desea, por mí no ha de quedar —se decidió el doctor McSyler, e indicando al mayordomo—: Adam le atenderá.

El aludido disimuló peor que el doctor la contrariedad que sentía ante aquella intromisión.

Descarada intromisión que no hubiera aceptado en otras circunstancias. Pero negarse a transigir equivaldría a que todo resultara allí aún más sospechoso y no podían cometer ese error.

—Muchas gracias, doctor McSyler. Le quedo muy agradecido.

—Venga, le presentaré a mi cuñado y a mi sobrino... —por lo visto, en última instancia, había decidido ser él personalmente quien atendiera al entrometido periodista. Jeff Carron siguió al doctor McSyler con esa naturalidad que sabía hacer tan suya, y se adentró en aquella estancia, la que tenía la puerta abierta.

Era un salón. Y allí se hallaba un hombre de mediana estatura, de unos cincuenta y ocho años, y otro, éste también de mediana estatura, de unos treinta y cinco.

Luego de las presentaciones, Jeff Carron quiso hacer menos violenta la situación y comentó:

—Es un tanto insólito el motivo de mi visita, lo comprendo muy bien. Le

ruego que me disculpen.

—No se preocupe —dijo Larry, el primo de Loretta— le recibimos encantados.

—Quedo agradecido a sus palabras.

—Considérese en su casa —añadió el doctor Blomppon —. ¡No faltaría más! Y si descubre algún fantasma —bromeó a continuación— a ver si nos lo presenta.

—Lo haré, pierda cuidado. A propósito —terció—, creo que me falta conocer a alguien de la familia. Según me han dicho, doctor McSyler, tiene usted una hija encantadora.

—Sí, es cierto —asintió el interpelado tras un carraspeo—. Se llama Loretta. —Espero tener el gusto de conocerla.

—Ahora está en su habitación —repuso el doctor McSyler, bien mirado no quedándole otra alternativa que asentir.

—Así que baje le presentaré mis respetos —y Jeff Carron habló con absoluta y total naturalidad.

—Estará encantada de conocerle —aseguró Larry.

—Ello me congratulará.

El mayordomo no había pronunciado una sola palabra. Hasta ese momento. Ahora sí lo hizo.

—¿Voy a buscarla...? —preguntó—. No debe saber que tenemos visita.

—Iré yo —dijo el doctor McSyler—. Con su permiso, señor Carron.

Así que salió del salón y se dirigió hacia la alfombrada escalera. Jeff Carron aseguró, mirando a uno y otro lado, que el aspecto de la casa resultaba magnífico.

—Pues yo estoy cansado de esto —repuso Larry, sin esperar a más para sincerarse en ese sentido.

—¿Se refiere usted...?

—Soy médico. Podría estar ejercitando y tener un buen porvenir por delante. Pero me he dedicado a unos estudios científicos, sin resultados positivos, al menos por el momento, y he aquí que me encuentro como vacío...

—Me duele oírte hablar así —intervino su padre, el doctor Blomppon—. Sé que te dedicaste a esos estudios por mí...

—Si la mala suerte se había cebado contigo —dijo Larry— lo lógico es que yo te ayudara, ¿no? Era esa la obligación de un buen hijo.

—No, si el resultado es éste, que te sientas fracasado, o vacío, viene a significar lo mismo.

—Usted también es doctor, ¿no es cierto? —y Jeff Carron miró al hombre de mediana estatura, de unos cincuenta y ocho años.

—Sí —le respondió—. Pero no tuve suerte y todo se vino abajo.

—De todos modos —intercaló Jeff Carron— deben sentirse amparados por el doctor McSyler. Sin duda es un hombre rico y...

—Nos ofrece cobijo y dinero si lo necesitamos —admitió Larry—; pero

depender de alguien resulta poco agradable. Hay que callar más veces de las que uno quisiera.

* * *

El doctor McSyler se había dirigido hacia la alfombrada escalera. Ya arriba, enfiló el largo corredor y dobló a la derecha. Al fondo se hallaba la habitación de su hija.

Ya junto a esa puerta, descorrió el fuerte cerrojo que había sido colocado por la parte de fuera.

Loretta había oído ruido y se había vuelto hacia la puerta. En su rostro había un gesto de inquietud, de zozobra, como siempre que temía vérselas con Adam, un sirviente que no hacía nada por dejar de parecerle odioso.

La muchacha respiró más aliviada al ver, una vez se abrió la puerta, que se trataba de su padre.

—Sucede algo imprevisto —dijo éste. Fueron sus primeras palabras.

Loretta, sin despegar los labios, quedó a la espera de que añadiera algo más, lo que fuera.

—Hemos recibido una visita.

La muchacha lo sabía. A través de los cristales de la ventana había visto llegar a Jeff Carron. Asimismo le había visto llamar y penetrar en la casa. Desde entonces tenía el corazón al galope.

—¿Una visita? —Se hizo la asombrada—, ¿De quién se trata?

—Es un joven periodista —le hizo saber.

—¿Y qué quiere? —se hizo la asombrada.

El doctor McSyler se lo explicó.

—Y ahora —añadió—, tú debes bajar y saludarle. Si no lo hicieras así, sospecharía.. Y posiblemente empezaría a darle vueltas al asunto. Ya sabes cómo son los periodistas.

—Yo sólo sé, papá, que estoy prisionera en esta habitación desde hace varias semanas y que en esta casa suceden cosas muy extrañas.

—Por favor, Loretta —era la primera vez en mucho tiempo que el doctor se expresaba en aquel tono—, colabora conmigo.

—¿Que colabore a qué...? —preguntó.

—A que ese periodista no recele nada y se vaya por donde ha venido. Lo contrario equivaldría a que su amigo, el inspector Catten... Debemos, pues, tratarle bien. Y sobre todo no darle ocasión a creer que aquí pasa algo anormal.

—Me estás pidiendo que actúe en contra mía. Porque después de hacer lo que me pides, ¿qué será de mí? ¿Qué seguirá siendo de mí...? Lo adivino. Me haréis volver a esta habitación y me encerraréis de nuevo, y sin darme explicaciones...

—Te daré todas las explicaciones que me pidas, te lo prometo. Pero ahora, baja al salón y hazle buena cara a ese sujeto. Y sobre todo procede con

naturalidad.

—Pero él me hará preguntas. Querrá saber si alguna vez he visto algún fantasma... Lo normal es que me inquiera en ese sentido, ¿no?

—Pues tú le respondes la verdad, que no has visto ninguno.

—Si he de responderle la verdad, tendré que decirle que en más de una ocasión he oído gritos... Tendré que decirle que todo aquel que llega a la casa, ya no sale...

—Eso son figuraciones tuyas, Loretta —se defendió, si bien con una palidez muy acusada.

—¿Y también son figuraciones mías, papá, este encierro a que me veo condenada del modo más incomprensible?

—No me juzgues a la ligera, Loretta, te lo ruego.

—¡Papá! —Exclamó la muchacha, no pudiendo contener las lágrimas ya por más tiempo—. ¿Cómo es posible que hayamos llegado a esto? Tú antes me querías, vivías pendiente de mis gustos...

—Te sigo queriendo lo mismo, Loretta, más aún quizá —también en los ojos del doctor McSyler había brillo de lágrimas—. Pero a veces las circunstancias obligan...

—No lo entenderé mientras no me lo cuentes todo.

—No hay tiempo para eso. Pero no lo hay para que bajes y actúes con ese periodista como yo te digo.

—¿Qué dice Adam? Porque algo debe decir, según todas las trazas es él quien manda en esta casa.

—Arréglate un poco y baja —insistió—. Te lo ruego, Loretta.

—De acuerdo —cedió finalmente la muchacha.

Así que el doctor McSyler salió de la habitación de su hija, en esta ocasión sin pasar el cerrojo a la puerta, se dio cuenta de que en el corredor estaba el mayordomo. Gigantesco, fiero. Con el aspecto más amenazador que nunca.

—No ha debido permitir que se quedara —dijo Adam.

—No podemos tratarle mal —sabía de sobras que se había referido al joven periodista— Ya has oído en qué términos se ha expresado.

—Pero quiere ver la casa... —advirtió.

—Tú te encargarás de que no vea la parte que no pueda ver. Me refiero, claro, a esa parte del sótano que tengo alquilado... —y mirándole fijamente—. ¿No podrías decirme de una vez, Adam, quién es la persona que...?

—Esa persona no me autoriza a hablar.

—Pero se han oído gritos en más de una ocasión, y sí, proceden de esa parte del sótano. ¿Qué significa esto...? Cada vez que pienso en ello, una oleada de frío estremece mi cuerpo.

—No puedo decir nada —una vez más se cerró en sí mismo.

—Han venido algunas personas a esta casa, y Loretta asegura que no las ha visto salir. —No está en lo cierto —pero estaba claro que mentía.

—Además, ¿por qué he de tener encerrada a mi propia hija?

—Es una mera medida de precaución —dijo Adam—. La muchacha es

excesivamente imaginativa y... Pero, bueno, ¿acaso no ha recibido usted una elevada cantidad de dinero por obedecer órdenes?

—En mala hora acepté lo que se me proponía —repuso el doctor McSyler —, Nunca pude creer que se me pediría tanto. Eso de tener encerrada a mi hija...

—Es sólo de momento, se lo tengo dicho. A propósito. ¿Loretta va a bajar a ver a ese periodista?

—Sí.

—¿Y podemos confiar en ella? —dudaba.

—Sí.

—Piense, doctor, que sí no procede en consecuencia, todo puede complicarse lamentablemente.

—Lo imagino. Pero le he pedido que calle y yo sé que puedo confiar en ella. —Por si acaso la vigilaré.

—No debes hacerlo más de lo que resulte prudente. Otra cosa llamaría la atención del periodista.

—Pero si les veo hablando a solas, tendré que intervenir. No vaya a ser que...

—Aunque hablen a solas, déjales hacerlo. Te lo he dicho ya, puedo confiar en mi hija. Por cierto —el doctor McSyler quiso puntualizar—, piensa que con ese periodista no puedes meterte. Su amigo el inspector Catten sabe que está aquí... Y si desapareciera, sacada sin duda rápidas conclusiones.

Adam contuvo un gesto agresivo. En realidad no podía hacer nada más mientras no consultara el caso.

—De acuerdo —zanjó.

CAPITULO IV

Así que la muchacha apareció en el salón, por cierto con un encantador vestido blanco, Jeff Carron, todo naturalidad, se levantó para saludarla.

—Encantado de conocerla —y le tendió la mano.

—Mucho gusto —respondió ella, y correspondió al saludo.

La mano del periodista apretó con fuerza la de Loretta. Pero su gesto fue, aunque sumamente significativo, muy breve, no había que llamar la atención.

—Ya deben haberla puesto al corriente sobre el motivo de mi visita, ¿verdad? —habló Jeff Carron—. Es algo fuera de lo corriente, por lo que a usted, más que a nadie, le pido disculpas. Comprendo que voy a resultar un tanto incómodo...

—¡Oh, no! —exclamó la muchacha —. Le aseguro que no.

—Sólo estaré un día y una noche. A menos que oiga ruido de cadenas, alientos contenidos de ultratumba, y vea fantasmas —bromeó— y si ustedes me permiten prolongar mi estancia aquí.

—No verá fantasmas —sonrió la muchacha —. Nunca los ha habido,

—Supongo que no —dijo Jeff Carron—, pero cuando la gente de los alrededores tanto asegura que sí, quizá se deba a alguna circunstancia especia!, sin duda ingenua y pueril. Pero tal circunstancia en mi conocimiento, debidamente sazonada, podría dar base a un buen artículo. En busca de ello voy.

—Sí, claro —asintió la muchacha.

—Aquí todo es normal —repuso el doctor McSyler—. Total y absolutamente normal.

—¿Todos opinan lo mismo? —preguntó Jeff Carron, y miró también al doctor Blomppon y a su hijo Larry.

—Por descontado —dijo éste.

—Por descontado —repuso el doctor Blomppon, aunque éste con menos firmeza y seguridad que su hijo.

—¿Y usted...? —y miró a Loretta — . ¿Para usted también todo es normal en esta casa?

La muchacha no respondió en seguida. Y durante los segundos que tardó en hacerlo, todos se sintieron en tensión. Aunque todos disimularon bien Por lo menos lo suficientemente bien para no resultar sospechoso.

El mayordomo fue el único que se quedó inmóvil, apretando los puños y crispando las mandíbulas. Excesivamente tenso.

—Lo lamento por usted —contestó Loretta, tras la referida pausa—, pero aquí todo es normal, tan normal que a nuestra costa no va a poder escribir nada. A menos —sonrió de nuevo la muchacha— que se conforme con relatar cómo es la mansión.

—Espero que tenga usted a bien enseñármela.

—Tendrá sumo placer en hacerlo —intercaló el doctor McSyler—, ahora

bien, si desea ver el sótano, será Adam, nuestro mayordomo, quien se lo mostrará. Las escaleras de acceso al sótano están en mal estado, ¿comprende?, y mi hija no tiene costumbre...

—De acuerdo. Su hija me enseña la mansión y su mayordomo los sótanos.

—Mi hija, además, le mostrará su dormitorio —añadió el doctor McSyler —, Nuestros huéspedes no duermen nunca en el sofá. Por otra parte, claro, contamos con que tenga a bien compartir con nosotros el almuerzo y la cena.

—Es usted la amabilidad personificada —Jeff Carron hizo una leve inclinación de cabeza—. Le quedo muy reconocido, doctor. A propósito, podría hacer una llamada telefónica, ¿verdad? Debo informar a alguien de que me quedo con ustedes hasta mañana.

—¿Qué, señor periodista —sonrió Loretta así que concluyó la llamada de Jeff Carron al dueño del motel—, me acompaña a ver la casa?

—No podía imaginarme una cicerone más encantadora.

* * *

—Creo que lo hemos hecho muy bien, ¿no? —y Loretta esperó a que él le diera su opinión.

—Supongo que se han tragado el anzuelo —contestó Jeff Carron—. Aunque no me fío de la sinceridad de nadie, ni siquiera de la de su padre, permítame que se lo diga. Estaban en la biblioteca. Era la primera estancia que la muchacha le estaba mostrando.

—Mi padre es inocente —dijo Loretta—, Acabo de convencerme de ello. He visto brillo de lágrimas en sus ojos.

—De todos modos, mi situación aquí, a su lado, es comprometida. Por eso creo que he estado acertado sacando a relucir al inspector Catten.

—¿Es ciertamente amigo suyo?

—No. Es sólo un personaje inventado. Pero de ese modo, francamente, me siento con las espaldas mucho más cubiertas.

—Comprendo —y mirándole con infinito agradecimiento—. Gracias por no haberme olvidado.

—Yo nunca olvido a las chicas guapas. Además, se lo prometí, ¿no? Y yo siempre cumplo mis promesas.

—¿Le ha costado quedarse aquí, convencer a mi padre? —No mucho.

—Y el mayordomo, ¿cómo ha reaccionado?

—Le ha caído mal, pésimo. No ha podido disimularlo. Pero, bueno, vayamos directo a lo nuestro. Desde ayer noche, ¿ha podido averiguar algo de nuevo?

—Sólo lo que ya le he dicho, que mi padre es inocente. Ahora ya no me cabe la menor duda.

—Sí lo es, ¿por qué la tiene encerrada?

—Ha prometido explicármelo. Y estoy segura de que lo hará. Entonces me enteraré, nos enteraremos... —pluralizó— de todo lo que realmente sucede.

—De momento, he conseguido que la dejara salir de la habitación.

—Sentirse libre es una sensación maravillosa. Pero, ¿y cuando usted se vaya? ¿Qué es lo que me espera?

—No tengo la menor idea. Pero vamos a quedar de acuerdo, así, aunque no tengamos ocasión de hablar nuevamente a solas, sabremos ya a qué atenernos.

—Dígame, señor Carron.

—Mi nombre es Jeff.

—El mío es Loretta.

—Pues, como le decía, Loretta, vamos a quedar de acuerdo —y añadió—. Yo volveré por aquí dentro de un par de días, más o menos, e intentaré verla de nuevo. Si no lo consigo a las buenas, por la noche volveré a echar piedrecitas a los cristales de su ventana. ¿Vale?

—Sí, Jeff.

—Mientras tanto, intente usted averiguar todo lo que pueda. No se pierda detalle. Luego me lo contará todo a mí.

—De acuerdo.

—Bueno, ahora siga enseñándome la casa —y empezó a mirar escrutadoramente a su alrededor. Ya en otra estancia, comentó—: En un sitio u en otro, debe haber indicios de algo... No sé de qué, no puedo saberlo, pero... —y se dijo para sí que Dean Hook, su amigo desaparecido, tenía que encontrarse en alguna parte.

—Tenga cuidado cuando visite el sótano —repuso la muchacha — . Presiento que allí es donde...

—¿Donde qué...? —inquirió.

—No sé..., no sé...

Loretta le enseñó de un extremo al otro la vieja pero magnífica mansión. Menos el sótano, claro. Era lo acordado.

Jeff Carron no encontró nada que llamara su atención, nada extraño. En absoluto.

Mientras tanto, había llegado la hora del almuerzo y Jeff Carron fue uno más de la larga mesa situada en el centro del amplio comedor.

Durante el almuerzo, el doctor Blomppon estuvo cordial, aunque lo cierto es que no dejó de hablar de sí mismo. De cuando era joven y estudiaba con ahínco para acabar su carrera. De cuando, ya con el título conseguido, creyó que todo iba a ser de color de rosa. De cuando años más tarde, la mala suerte se cebó en él e hizo añicos todas sus esperanzas.

No hizo alusión a qué mala suerte fue esa a la que se había referido. Pero Jeff Carron ya lo sabía. Aquella desgraciada intervención quirúrgica. Resbaló, cayó torpemente hacia adelante y las gafas se le desprendieron de las orejas yendo a parar a la cabeza abierta del paciente. Al querer sacarlas, rompió los cristales y éstos se desparramaron por el cerebro. Luego, muerto el paciente, la esposa de éste quiso matarle y al no conseguirlo se arrojó a la calle por la ventana de su despacho, desde un tercer piso. Aún así, no murió en la caída. Casualmente, fatalmente, pasaba un camión llevando en su interior una caja

con leones. Fue a parar allí dentro y las fieras, antes de que el domador pudiera controlarlas, habían devorado totalmente a la mujer. Sólo habían dejado los huesos.

La charla del doctor Blomppon, con toda esa explicación omitida, fue sin duda simplemente de circunstancias. Pero, aún así, Jeff Carron, que siempre estaba a la caza de algo positivo, sacó, o creyó sacar, un buen punto de partida. Porque el doctor Blomppon había mencionado varias veces a un colega suyo, y el doctor McSyler Un tal Maxim Posell, que estudió con ellos, se doctoró con ellos y durante muchos años fue amigo de ellos.

Por lo que respecta a Larry, el hijo del doctor Blomppon y primo de Loretta, no habló tanto durante el almuerzo. Pero también se refirió a sus estudios y a su carrera, y finalmente el fracaso de su vida.

Evidentemente existía, tanto el hijo como en el padre, un trauma difícil de superar. Eran, desde luego, dos personas que a pesar de todos sus esfuerzos no habían conseguido realizarse.

Cuando se levantaron de la mesa, el mayordomo se acercó a Jeff Carron.

—¿Quiere que vayamos ahora a ver el sótano...?

—De acuerdo —se limitó a responder.

Pero le miró con desconfianza, a pesar de su aparente naturalidad. Su aspecto, por descontado, no inducía a otra cosa.

Cuando pasaron a través de la pequeña puerta que daba acceso al sótano y mientras descendían los peldaños existentes. Jeff Carron se temió lo peor. O por lo menos se lo hubiera temido de no saber que, hablando del inspector Catten, se había autoprotegido.

Tampoco encontró allí nada de extraordinario. Sólo había lo que suele haber en los sótanos. Si bien había también un laboratorio, lo que, por otra parte, no debía sorprender demasiado puesto que en aquella mansión vivían tres doctores. Dos de ellos, que él supiera, dedicados a estudios científicos.

Pero cuando llegaron a una puerta baja y recia, que evidentemente estaba cerrada con llave, Adam le dijo:

—Esa parte del sótano está en obras... Por eso no la enseño...

—¡Ah! —comentó Jeff Carron simplemente.

Agudizó el oído.

Y le pareció oír algo. Como si una persona, o varias, pudieran estar moviéndose allí dentro. Pero no, no se oía hablar a nadie. Ni una sola palabra.

—¿Ya ha visto lo sufriente...? —Inquirió el mayordomo—. Supongo que sí. Aquí no se esconde ningún fantasma.

—Sí, ya me doy cuenta.

—¿Podemos salir ya...?

—Desde luego —pero la mirada se le iba tras aquella puerta cerrada.

Ya de nuevo en presencia de Loretta, del doctor McSyler, del doctor Blomppon y, asimismo, de Larry, Jeff Carron aseguró que cuanto había visto le había proporcionado un fuerte desencanto.

—Ni un pequeño fantasma —bromeó—, ni el más leve ruido de cadenas.

A menos que esta noche tenga más suerte...

No mucho rato después, consiguió que Loretta le acompañara a dar una vuelta por los alrededores.

—Con su permiso... —había mirado al doctor McSyler.

—Vuelve pronto, hija —fue la respuesta, tras la cual se escondía cierto temor.

—Sí, padre —contestó ella.

El mayordomo se quedó mascullando.

Ya fuera de la mansión, Jeff Carron quiso, ante todo, ver la edificación por la parte de atrás. Por la parte, exactamente, donde el sótano no le había sido enseñado.

Una vez allí, se encontró con lo que ya esperaba. Los ventanucos habían sido cerrados. Herméticamente cerrados.

Jeff Carron, empero, no hizo comentario alguno. Debía pensar que no convenía que aumentara la inquietud y la zozobra de la muchacha.

Pero había de suceder algo más.

Y esto sí que aumentó la zozobra y la inquietud de Loretta.

—Acaba de llegar —ya de regreso en el salón, el doctor McSyler le había tendido una carta a su hija— Es para ti.

Loretta abrió el sobre y sacó el papel que contenía. Leyó lo que ponía.

—Es de Elisabeth... De mi buena amiga Elisabeth... —había poco que decir después—. Va a venir a pasar conmigo un par de semanas. Llegará el lunes, en el autocar, a eso de las diez. Espera que vayamos a buscarla. Nos esperará en el motel.

CAPITULO V

El acompañante de Raquel se había ido, pero ella se había quedado en el motel.

Pero si la pintarrajeada y ya madurita Raquel se quedó, no lo hizo por ver de nuevo a Jeff Carron. Al menos no lo hizo simplemente por eso. Comprendía de sobras, no le tocaba otro remedio que comprenderlo, que sus vidas no podían seguir juntas.

No obstante, se había enterado de algo importante, y no, no podía irse sin antes decírselo al alto, fuerte y guapo Jeff Carron.

Pero al ver que no regresaba, empezó a ponerse nerviosa y decidió escribirle una nota. Así lo hizo.

Poco después, le ponía en un papel estas líneas:

> «Estás en peligro de muerte. Ven a verme y te lo explicaré todo. Me encontrarás en... »

Abajo le ponía la dirección.

Metió el papel en un sobre, cerró éste y luego salió con pasos sigilosos.

Cuando hizo pasar el sobre bajo la puerta de la habitación de Jeff Carron, se sintió mejor.

Regresó a la suya sin que nadie la viera.

Ya allí, en su habitación, decidió irse en el siguiente autocar. El día antes oyó decir al dueño del motel que a eso de media tarde, camino de la ciudad, pasaba el autocar de línea.

Se miró al espejo, arrugando la frente. Se vio estropeada, llena de arrugas, ni sombra de la que fue. Pensó que Jeff Carron se había portado muy bien con ella haciéndole creer, aunque sólo fuera por un rato, que los años no habían pasado.

Antes le sentaba maravillosamente el color verde. De eso que siempre hubiera sido su color favorito. Pero ya no podía decir lo mismo.

Para convencerse de ello le bastaba, ahora, mirarse al espejo. ¿Acaso daba belleza a su cara, o donaire a su cuerpo, aquel bonito vestido estampado que llevaba, donde prevalecía el color verde? ¿Acaso la favorecía el conjunto, formado por un bolso de mano, de alto tacón, asimismo de color verde? No, desgraciadamente, nada le sentaba ya bien.

Raquel no pudo seguir pensando. Acababa de ver, reflejado en el espejo, que alguien avanzaba hacia ella. Por la espalda, sin hacer ruido.

Sin necesidad de más comprendió que su vida ya no valía ni un penique. Abrió la boca para gritar.

Pero el grito no salió de su boca. Un pañuelo de seda acababa de tapársela, amordazándola.

Raquel levantó los brazos, queriendo quitar aquel pañuelo de su boca. Pero

no sólo no pudo hacerlo, sino que se vio obligada a poner los brazos en la espalda, donde una cuerda, casi al instante, los inmovilizó sujetando brutalmente sus muñecas.

Raquel se sintió muerta de miedo. Por eso, sin duda, sus ojos pintarrajeados desorbitaron su mirar. Por eso, evidentemente, al querer escapar dio un traspiés y perdió uno de sus zapatos.

Como una cenicienta.

Pero lo suyo no iba a ser un cuento de hadas. En todo caso, iba a ser un cuento de espanto, terror y muerte.

La persona que había visto reflejada en el espejo se agachó y recogió el zapato. Estaba buscando algo con que acabar con ella. ¿Por qué no con el tacón de su zapato...?

Un zapato verde, que la pasada temporada había sido de otro color. Pero no hacía mucho, Raquel acababa de teñirlos, para que hicieran juego con su bolso. A los hombres ya no les sacaba dinero como en sus buenos tiempos, tenía que economizar en lo posible. Pero los zapatos los había teñido con un mal tinte, de ello que dejaran con facilidad.

Recibió el primer golpe en la coronilla. Un golpe que le repercutió en toda la cabeza.

El siguiente llegó casi en el acto, y fue tanto o más fuerte que el anterior.

Y a partir de entonces, y a una velocidad ametrallante, el zapato cayó sobre su cráneo una y otra vez, salvajemente. Cada vez más salvajemente.

Empezó a salir sangre y ésta a resbalarle por las sienes.

Raquel desencajaba cada vez más sus ojos y gemía dolorosamente.

Empezaron a doblársele las rodillas. El sentido se le iba.

Los golpes, inexorables, siguieron repitiéndose. Sin pausa alguna. Con una violencia estremecedora.

En una de las ocasiones, Raquel quiso esquivar el golpe y retiró la cabeza hacia atrás. Pero todo lo que consiguió fue que el tacón se le clavara en el ojo, reventándoselo.

Reventándoselo tan aparatosamente, que el asesino quedó salpicado del elemento viscoso, pegajoso, del que cualquier ojo está formado. Iris, córnea, retina, hechos papilla, le alcanzaron...

Raquel hubiera querido poder gritar como una posesa. Pero el pañuelo de seda, fuertemente anudado, seguía silenciando e inmovilizando el sonido de su garganta.

El zapato, cada vez más bárbaramente impulsado, continuó dándole en la cabeza, en el cráneo.

A veces le daba en la cara. Más de una vez lo hizo. Por lo cual el mal tinte del zapato le tiznó las mejillas. O por lo menos el trozo de mejillas que dejaba libre el pañuelo.

Ella había caído ya al suelo.

El tacón del zapato siguió su macabra contradanza.

Hasta que...

¡Creek...!

Se oyó como si el cráneo se le hubiera abierto, rajado. A Raquel apenas le quedaba conocimiento.

Pero aún volvió a oír.

¡Creeek...!

Raquel ya no veía lo que le rodeaba. ¡Creeeek...!

Ya fueron precisos pocos golpes más.

Raquel murió con los ojos abiertos. Mejor dicho, con un ojo desmesuradamente abierto y el otro macabramente vacío.

Murió con las sienes manchadas de sangre y las mejillas tiznadas del color verde de sus zapatos.

Su asesino, entonces, le quitó el pañuelo de seda y le desató las muñecas.

Salió de allí cerrando la puerta.

* * *

Jeff Carron estaba ya de regreso en el motel.

Había salido de la vieja mansión luego de una noche tras la que no había pasado nada ni había oído nada. Se había limitado, pues, a permanecer en la confortable habitación que se le había destinado.

Acababa de despedirle de todos con absoluta naturalidad, y en particular de Loretta, claro, para cubrir debidamente las apariencias.

Y ahora, ya en el motel, se dirigió a recepción.

—¿Ve cómo me invitaron a almorzar?

—Y también a cenar y a dormir, ¿no? —inquirió el grueso propietario del inmueble, que como siempre mostraba el rostro muy colorado—. Menos mal que me telefoneó. De lo contrario.

Se había quedado con la palabra en la boca al oír un grito largo y estridente.

Aparecieron Helen y Tina, las dos camareras. A quienes la primera vez que Jeff Carron vio sonrientes y dispuestas a atender gentilmente al cliente, cualquiera que éste pudiera ser.

Ahora era distinto. Se dejaron ver desencajadas.

—¿Qué pasa... ?

—La señora esa..., esa... —dijo Tina, que era la más joven de las dos camareras—. Acabamos de entrar en su habitación... La hemos encontrado en el suelo..., ¡muerta!

—¡Tiene la cabeza con un boquete tremendo! —Exclamó Helen—, Me parece que la han matado dándole con el tacón de su zapato. El zapato está allí, en el suelo, manchado de sangre...

El dueño del motel se sintió asustado, tan terriblemente asustado que se vio incapaz de reaccionar. Se quedó como si le hubieran pegado los pies en el suelo.

No así Jeff Carron, que se precipitó hacia el lugar del suceso.

Ya ante el cuerpo sin vida de Raquel, y ante el trágico espectáculo que ofrecía su cabeza abierta, por donde salían aparatosamente los sesos, y ante el aspecto grotesco que le confería el rostro el haber quedado tiznado por el tinte del zapato, cerró los puños y crispó las mandíbulas. Lleno de íntimo furor, se juró que quien fuera que hubiera cometido aquel crimen, lo pagaría muy caro.

Jeff Carron no imaginó, sin embargo, que pudiera existir conexión ninguna entre esa muerte y lo que él iba buscando en la vieja mansión del doctor McSyler.

Poco después, reaccionando al menos en parte, el dueño del motel habla de decir:

—Hay que avisar a la policía.

—¿Quiere que lo haga yo? —le preguntó Jeff Carron.

—No es preciso. Lo haré yo mismo —respondió.

Pero le temblaba tanto la mano al discar los números, que por un momento el periodista creyó que iba a necesitar ayuda.

Ya en comunicación con el inspector de policía. Jeff Carron le oyó decir.

—Se ha cometido un asesinato en mi hotel. Deben venir en seguida. Han matado a una mujer. ¿Que cómo ha sido...? No sé decirle... No sé decirle exactamente... Pero parece que le han abierto la cabeza con el tacón de un zapato... En el suelo está el zapato manchado de sangre... ¿Que si hay algún indicio, algún detalle especial...? ¿Algo que haya llamado mi atención? No, no... Bueno, lo que he dicho, parece que la han matado golpeándola con el tacón de un zapato... Sí, sí, inspector, .de eso debe hacer ya varias horas... Sin duda sucedió ayer noche, o quizá incluso antes... Como a nuestros clientes les gusta la discreción, no habíamos ido por su habitación para no incomodarla... ¿Que si ha quedado desfigurada? Bastante, al faltarle un ojo... Porque, por lo visto, a golpes se lo han reventado... Además, la sangre se le ha coagulado en las sienes... Bien, bien, de acuerdo, inspector...

Seguidamente colgó.

—¿Vendrán pronto? —quiso saber Jeff Carron.

—Sí —respondió el dueño del hotel.

Poco después, Jeff Carron encontraba en su habitación la nota que Raquel le había escrito.

Entonces comprendió que aquello, y lo que él buscaba en la vieja mansión, era un mismo juego.

Pero consideró oportuno no dar explicaciones a nadie.

CAPITULO VI

El inspector mandó el levantamiento del cadáver y su envió para la correspondiente autopsia.

Interrogó al dueño del motel, a Helen y Tina, las dos camareras, y por último a Jeff Carron.

Luego dijo:

—Esto es todo por el momento.

Así que el inspector se fue, Jeff Carron se dijo que aquel hombre, del que dependía el caso, no parecía muy competente. Por lo que tomó la decisión de seguir actuando por su cuenta.

Y puesto que estaba dispuesto a localizar a Maxim Posell, juzgó convenientemente ponerse al volante de su coche y dirigirse a la ciudad.

Cuanto antes hablara con el susodicho Maxim Posell, antes, posiblemente, sabría a qué atenerse.

Pero Maxim Posell, que estudió la carrera con el padre de Loretta y con su tío, y que se doctoró con ellos, y que fue durante muchos años amigo de ellos, la tierra parecía habérselo tragado. Por más que preguntó e indagó, no pudo dar con su paradero.

Pero tuvo la suerte de dar, eso sí, con otro amigo común. Este, sin embargo, no había terminado la carrera y se había casado con la propietaria de una tienda de comestibles. Desde entonces todo sonreía al aludido personaje.

—Hábleme de sus amigos —le rogó Jeff Carron.

Había ido a su tienda. Le había encontrado con la bata puesta, atendiendo sonriente a sus clientes.

—¿Por cuál de ellos se interesa usted? —le preguntó.

—Hábleme un poco de todos. Si no tiene usted inconveniente en ello...

—Claro que no —y como era un hombre sencillo, sin complicaciones, no se hizo de rogar—. Pues bien, con el doctor McSyler, que todavía no era doctor, claro, simpaticé en seguida, apenas le conocí. Era un excelente muchacho, con el que daba gusto hablar. Después conocí al doctor Blomppon, que por aquel entonces era un simple estudiante de medicina, por quien, lo reconozco, no sentí tanta simpatía. La verdad es que me hubiera gustado apartarle de nuestro grupo. Pero eso no fue posible, la hermana del doctor Blomppon se prometió al doctor McSyler y los lazos entre ellos, en consecuencia, se estrecharon. A mí, pues, no me tocó otro remedio que fingir que me caía bien.

—¿Qué tenía de malo, a su juicio, el doctor Blomppon? —preguntó el periodista.

—No sabría decírselo, pues en realidad no se trataba de nada en concreto. En fin, lo cierto es que con el tiempo terminamos siendo buenos amigos.

—Una amistad que siguió a pesar de que usted dejó los estudios, ¿no es

eso? —es lo que le habían dicho.

—Sí, yo dejé la carrera sin terminar y me casé, y me dediqué a esto... —hizo un gesto amplio con la mano, indicando la tienda —. Me pareció mucho mejor que dedicarme a abrir cuerpos humanos. Porque el doctor McSyler, el doctor Blomppon y yo, los tres, pensábamos ser cirujanos. Pues sí, respondiendo a su pregunta, siguió inalterable nuestra amistad.

—¿No sucedió nada, con el transcurso de los años, que la empañara?

—Todo lo contrario —le hizo saber—. La mala suerte se cebó con el doctor Blomppon, y yo, entonces, sentí que le apreciaba más, mucho más de lo que hasta ese momento había supuesto. Por lo que se refiere al doctor McSyler, era su cuñado y siempre se habían apreciado mucho. También se sintió más unido a él cuando las cosas no le fueron bien. Lo dicho, nada empañó nuestra amistad.

—Se ha referido a la mala suerte del doctor Blomppon. Cuénteme.

—Murió su esposa, dejándole profundamente afectado. Pero le quedó el consuelo de Larry, el hijo que habían tenido. Un hijo bueno, ejemplar, un verdadero orgullo para cualquier padre. No obstante, poco después había de suceder aquello...

—¿Lo de la intervención quirúrgica?

—Exactamente.

—Me lo han explicado ya. Pero no de un modo, quizá, correcto. Explíquemelo usted, ¿quiere?

—No tengo el menor inconveniente.

Y le refirió el caso. Que se ajustó en todo momento, de un modo total y absoluto, a lo que Loretta le llevaba dicho.

—Fue un durísimo golpe para el doctor Blomppon. Menos mal que por aquel entonces —añadió— nuestro común amigo Maxim Posell...

—¿Quién ha dicho? —inquirió Jeff Carron, interrumpiéndole.

—Maxim Posell —repitió.

—Prosiga, se lo ruego.

—Supo contagiarle su entusiasmo científico. Por lo que a partir de entonces, el doctor Blomppon se dedicó con afán, con ahínco, al estudio de ciertos análisis, a la búsqueda de cierta sustancia... La tesis de Maxim Posell era descabellada, al menos a mi juicio... Pero, bueno, sirvió para salvar al doctor Blomppon de la crisis por la que estaba pasando... Además, su hijo Larry, dejando a un lado a su propia clientela, quiso dedicarse al mismo logro. Sin duda pensó que juntos sería más fácil triunfar. Ya se lo he dicho, se trata de un hijo bueno, ejemplar, un verdadero orgullo para cualquier padre.

—¿Qué finalidad tienen esos estudios, esos análisis, la búsqueda de esa sustancia? Por lo que sé siguen investigando. ¿Qué tesis es, exactamente, la que...?

Jeff Carron quiso, puesto que habían llegado a este punto, ahondar en la cuestión. Lo máximo que fuera posible.

—Se trata de una tesis desatinada, desquiciada, irracional... Al menos,

repito, a mi juicio. Pero al margen de esta tesis se halla, en realidad, el estudio de esos análisis —y agregó—: Esos análisis buscan una sustancia cuya obtención permitiría que una intervención quirúrgica pudiera durar de quince a veinte horas seguidas, o más, si resultara preciso. Aunque sólo, según tengo entendido, en el caso de operaciones en el cerebro...

—Como extirpar un tumor o algo así, ¿no es eso?

—No. Para extirpar un tumor no son precisas tantas horas. Lo que buscan en este caso concreto, es volver cuerdo a un loco...

—¿Cómo ha dicho? ¿Volver cuerdo a un, loco...? Que yo sepa, hasta ahora nunca se ha curado una demencia a base de una intervención quirúrgica...

—Pues esto es lo que siempre ha pretendido Maxim Posell. Y lo ha pretendido con una vehemencia en verdad enfermiza, con un ardor ciertamente morboso, con un frenesí verdaderamente malsano. Se lo digo yo, que en varias ocasiones he escuchado sus peroratas. Según Maxim, Posell, él sabría hacerlo... Pero para eso haría falta una intervención larguísima, de quince a veinte horas de duración ininterrumpida... Y esa sustancia que buscan, la haría factible, el paciente aguantaría...

—Pero, ¿quién es en realidad Maxim Posell? —inquirió Jeff Carron—, ¿Y dónde reside actualmente?

—Maxim Posell fue expulsado del Colegio de Médicos. Le encontraron llevando a cabo ciertas prácticas improcedentes... Pero él no se desanimó, decía que le bastaba y sobraba con su talento y su dinero, para conseguir lo que se proponía... Pero para llegar a esa intervención quirúrgica, le hacía falta que el trabajo de esa investigación científica, de esos análisis, diera su fruto. De ello, sin duda, que buscara la ayuda del doctor Blomppon y de su hijo Larry. Pero no, no sé —agregó— dónde reside actualmente. Hace ya algunos años que no sé nada de él. Pero donde sea que se halle, dé por seguro que no ha desistido de su empeño.

—Pero si su empeño es, en cierto modo, el mismo del doctor Blomppon y de su hijo Larry, lo lógico es suponer que éstos deben saber de su actual paradero, ¿no cree usted?

—Hace ya mucho tiempo que ni ellos ni nadie sabe de él. Y eso que con el doctor McSyler estuvo particularmente unido. Desde que juntos leyeron aquellos estudios de médicos japoneses...

—¿Médicos japoneses?

—Allí se explicaba porque, quienes carecen de párpados, tardan poco en volverse locos. De eso que los médicos japoneses, ante casos de injertos por quemaduras, empiecen siempre por los párpados. Recuerdo, y francamente me estremezco al recordarlo, como Maxim Posell comentó que quitar los párpados sería, pues, un buen sistema para conseguir locos... Dijo textualmente: «Porque yo, algún día, necesitaré locos para mis pruebas. Y como la Facultad de Medicina se negará a facilitármelos... »

—Dígame, ¿cómo es físicamente Maxim Posell?

—Supongo que debe haber cambiado mucho desde la última vez que le vi.

Era un hombre aparentemente normal...

—Me gustaría saber si tiene alguna cicatriz, o lunar visible, o algún pequeño defecto... Algo que me ayudará a reconocerle, a identificarle... Porque quizá viva bajo otra personalidad...

—No recuerdo que tuviera ninguna cicatriz, ni lunar visible, ni ningún pequeño defecto. Sólo puedo decirle, por si le interesa saberlo, que padecía... —Y agregó—: Padecía de acloropsia.

Jeff Carron no dijo nada.

—¿Sabe lo que eso significa? —preguntó seguidamente quien hasta entonces tan amablemente le había estado informando—. Pues significa que...

—No hace falta que me lo diga, ya lo sé —repuso el periodista. Y concluyó con la conversación—: Bueno, le quedo muy agradecido. Gracias por todo.

* * *

El autocar de línea se había detenido y Elisabeth, una muchacha bonita, de expresión risueña, de chispeante y alegre mirada, se apeó.

Con su pequeña maleta se dirigió graciosamente hacia el motel.

Pero aún no había dado un par de pasos, cuando se le acercó un hombre en mangas de camisa. Acababa de apearse de un coche.

—¿Señorita Elisabeth...? —preguntó.

—Sí, soy yo —respondió ella.

—¿La amiga de Loretta McSyler...? —volvió a preguntar.

—Sí.

—Mi nombre es Carron... Jeff Carron, periodista —se presentó—. Me envía el doctor McSyler. Me ha rogado que venga a buscarla. Soy amigo de la familia.

—¡Oh, se lo agradezco mucho!

—De aquí a la casa no hay demasiado trecho, pero he considerado oportuno venir con mi coche

—Es usted muy amable.

Ya junto al coche, el hombre abrió gentilmente la portezuela. Elisabeth se sentó en el asiento delantero, lindante al que el hombre había de ocupar breves segundos después. Ya el coche en marcha, la muchacha sonrió y dijo:

—¡Con cuánta ilusión esperaba estos días!

—Loretta también comparte su ilusión.

—¿Cómo es que no ha venido con usted a buscarme? No se encontrará mala...

—Sí, sí, de eso precisamente se trata. Le dolía la cabeza.

—Lo lamento.

—Sin duda se le pasará en seguida.

—Oiga —sonrió de nuevo Elisabeth—. ¿Tiene usted un cigarrillo? He acabado los míos en el autocar.

—No faltaría más —y el hombre detuvo el coche y buscó su americana, que había dejado en los asientos posteriores.

Fue en aquel momento cuando Elisabeth se dio cuenta de que había algo sincero en la mirada de aquel hombre. Sintió frío en la columna vertebral.

Habiendo cogido ya la americana, el hombre buscó en los bolsillos. Tras meter la mano en varios de ellos, dio con la cajetilla de tabaco.

—Aquí tiene.

Pero algo se había caído de otro de los bolsillos y ese algo era su carnet de identidad.

Mientras lo recogía, pues cayó cerca de sus pies, Elisabeth le echó un vistazo.

Vio que estaba a nombre de Maxim Posell y que la fotografía del interesado correspondía al rostro del hombre que ahora tenía ante sí.

El frío de su columna vertebral se hizo puro hielo. Se hizo un puro iceberg.

—¿Qué está pensando...? —preguntó Maxim Posell.

—Pienso que usted no es Jeff Garrón —tuvo la imprudencia de responder.

Una imprudencia que iba a costarle muy cara Aunque no más cara de lo que ya estaba programado.

Lo cierto es, que desde que escribió aquella carta a Loretta, su destino estaba marcado, su suerte estaba echada. Y del modo más inexorable.

—No, no soy Jeff Carron —reconoció el hombre.

Elisabeth era joven, ligera de movimientos, así que quiso beneficiarse de ello y salir del coche lo antes posible. Y echar a correr. Todo lo aprisa que pudiera. Se daba cuenta de que tenía que huir de aquel hombre. En sus pupilas se leía claramente que quería matarla.

Consiguió abrir la portezuela y salir de allí antes de que el hombre consiguiera sujetarla. Consiguió, incluso, echar a correr.

Pero el hombre se lanzó tan rápidamente en su persecución, que apenas unos metros más allá, la alcanzó.

—¡Quieta, monada!

Sólo entonces se percató de que, en efecto, era una muchacha monísima. Tan joven, tan lozana...

Se le ocurrió de pronto. Para matarla había tiempo. Valía la pena que antes le dedicara un poco de atención.

Mientras la tenía férreamente sujeta por una muñeca, miró hacia atrás, hacia el motel, hacia la carretera.

Estaban ya lejos de allí. Aunque Elisabeth gritara no sería oída. Podía, pues, actuar con toda libertad.

—Oye, monada... —volvió a calificarla así.

—¡Suélteme! —se debatió ella —. ¡Suélteme ahora mismo!

—Me gustas... Tienes un cuerpo lleno de vida... Anda, sé complaciente y desnúdate... Quiero vértelo...

Elisabeth forcejeó con todas sus fuerzas. Pero nada, no consiguió nada. Era de presumir. Una muchacha no puede nunca con un hombre. Un hombre

siempre puede más. Por eso, viendo que ella se le resistía, y comprendiendo por lo demás que nunca por las buenas accedería a sus deseos, optó por no andarse con chiquitas y por darse el gusto lo quisiera o no aquella chiquilla indómita.

Empezó rasgándole la blusa y arrancándole el sujetador, por lo que los dos senos, duros, erguidos, aparecieron ante sus ojos lascivos...

Después, quieras que no, y mientras Elisabeth no dejaba de gritar y gritar, a tirones le desprendió de la falda y asimismo a tirones le hizo trizas las bragas. Después cayó sobre ella como si no hubiera estado con una mujer en toda su vida y como si las ansias de estarlo le hubieran tenido siempre materialmente desquiciado.

Elisabeth gritó aún más, negándose furiosamente a aquella violación. ¡Negándose con todas sus fuerzas!

Pero el hombre había de hacerla enmudecer de pronto.

Cogió una piedra y le dio en la cabeza.

Un solo golpe hizo falta para dejarla sin conocimiento.

Entonces quiso satisfacer sus instintos, pero...

Se había puesto nervioso, sudaba a chorros, y aunque creía estar en plena forma y en disposición, pues, de hacer suya a la chiquilla, lo cierto es que repentinamente se notó flojo, impotente...

No pudo, por tanto, llevar a cabo sus deseos, y rugió de rabia.

Y no se le ocurrió otra cosa que volver a coger la piedra y empezar a golpearla de nuevo. Pero no la golpeó en la cabeza, sino en el bajo vientre, en sus órganos femeninos, donde el vello rizado del pubis sombreaba la nitidez de su suave y joven piel. Ya en el primer golpe surgió sangre. Surgió tan aprisa que era fácil comprender que a la muchacha le había empezado la menstruación.

La muchacha volvió de su desvanecimiento. Pero aquellos mismos golpes, horripilantes, pavorosos, despiadados, que la habían hecho volver en sí, la hicieron desmayarse de nuevo.

Maxim Posell siguió golpeándola con tanto furor, con tanta irascibilidad, que pronto aquella zona quedó aplastada, destrozada, y por descontado, llena, inundada de sangre. Finalmente, ya más calmado, se decidió por darle en la cabeza y por rematarla de una vez.

Pero se dio cuenta de que no hacía falta hacerlo.

Elisabeth ya estaba muerta.

CAPITULO VII

No se había encontrado el, cadáver. Por lo que parecía que nada había sucedido.

Ya de regreso de la ciudad, Jeff Carron detuvo su coche ante el iluminado rótulo del motel.

Se fue directamente hacia su propietario.

—Voy a irme en seguida —le hizo saber—. Pero la situación se ha complicado, o puede muy bien complicarse de un momento a otro, así que vengo a darle órdenes concretas, escúcheme atento porque el caso lo exige.

—Dígame, dígame...

—Si dentro de una hora, justo una hora, ¿me entiende bien?, no he regresado de esa vieja mansión, avise a la policía. Y piense que un minuto de demora, sólo un minuto, podría significar mi muerte.

—Lo he entendido, señor. Una hora, ni un minuto más —y consultó su reloj.

—Tome —dijo Jeff Carron, y le puso varios billetes en las manos—. Y gracias de antemano.

Instantes después se alejaba del motel, dirigiéndose hacia la vieja mansión. Sus largas zancadas se perdieron pronto en la oscuridad de la noche.

Llegó cerca de la pequeña casa, donde vivía aquel artista de cine con el rostro desfigurado. Algo así debía ser cuando se ocultaba el rostro con una bufanda hasta los mismos ojos.

Pero pasó de largo.

No tardó en llegar a la vieja mansión.

Un par de ventanas se hallaban iluminadas.

Pero la que correspondía al dormitorio de Loretta, en el segundo piso, estaba a oscuras.

Miró hacia la puerta principal, alta y amplia, con un pesado aldabón.

Jeff Carron no se dirigió hacia allí. Simplemente se agachó y recogió unas cuantas piedrecitas. Lo mismo que hiciera la otra vez.

Al poco las arrojaba sobre los cristales de aquella ventana.

Escasos segundos después, ésta se abría, apareciendo la gentil silueta de la muchacha. En esta ocasión no hizo falta que Jeff Carron, sujetando una cuerda por un extraño y enrollando el resto, la arrojara de pronto hacia arriba. La cuerda, desde aquel otro día, estaba en poder de la muchacha.

Debía tenerla ya anudada a la pata de hierro de la cama, porque casi en el acto la cuerda quedó colgada de la ventana.

Jeff Carron dio un par de tirones asegurándose de que estaba bien sujeta, y hecho esto empezó a trepar con ligereza, con habilidad, como si no le costara el menor esfuerzo hacerlo.

Ya arriba, habiendo alcanzado la ventana, se sentó en el alféizar y pasó las piernas al otro lado, saltando al interior de la estancia.

Lo mismo que hizo la otra vez.

—Aquí me tiene —fue un saludo en esta ocasión.

—¡Oh, temía que se hubiera olvidado de mí! —exclamó ella, sollozando.

—Ni hablar de eso. ¿Por quién me toma...? Ande, no llore..., no llore... —y para consolarla, o quizá simplemente para no dejar pasar una buena oportunidad, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho.

—Gracias, Jeff —y se lo agradeció mientras se sentía muy a gusto entre sus brazos.

Cuando él levantó hacia él sus ojos, la boca le temblaba.

Una boca que pedía ser besada.

Y Jeff Carron no quiso desoír la petición. Hacerlo le hubiera parecido verdaderamente imperdonable.

Pero cuando el beso concluyó, el cuerpo le pedía algo más. Bastante más. Mucho más para ser exacto.

Así que, ducho en estos menesteres, fue llevando poco a poco a la muchacha hasta la cama.

—¿Qué haces, Jeff...? —protestó Loretta, pero con una voz tan tenue que apenas se la oyó—. Esto no está bien...

—Esto va a estar maravilloso, ya lo verás —y el tuteo hizo más íntimo el momento, mientras la tumbaba de espaldas sobre el mullido colchón. Y le dijo a continuación, en un suave susurro—. No debes estar nerviosa, aunque ya comprendo que para ti va a serla primera vez...

—¡Oh, Jeff! ¡Jeff! —la verdad es que ya no se molestaba en protestar, todo aquello le parecía un trozo de cielo.

Jeff Carron empezó a acariciar aquel cuerpo delicioso, y a besarla en el cuello, en el escote, y al poco más abajo, en los senos, pues le había desbrochado la bata, y en los pezones que se habían erguido de excitación. Empezó a sentirse realmente embriagado, aunque él sabía de sombras que aquel no era el momento adecuado para hacer el amor.

—Te quiero —se oyó decir a sí mismo, más sincero que nunca en toda su vida—. Te quiero, Loretta.

—Y yo a ti, Jeff —y añadió—. No encuentro fuerzas para negarme a esto... No puedo... Es más fuerte que yo... —y le echó los brazos al cuello.

Pero tuvieron que interrumpir sus expansiones amorosas. Alguien acababa de llamar a la puerta. Con los nudillos.

Se levantaron prestamente de la cama, y Loretta, tras ajustarse de nuevo la bata, estrechándola en el talle, tras pasarse las manos por los revueltos cabellos, arregló la colcha.

—¿Quién es? —preguntó entonces.

—Soy yo —respondió la voz del doctor McSyler.

—Abre —dijo Jeff Carron con tono muy bajo, para no ser oído—. Yo me esconderé tras esa puerta, en el cuarto de aseo, ¿no? La dejaré un tanto entreabierta. Así oiré todo lo que habléis.

Loretta hizo un gesto de asentimiento, tragó saliva y se dirigió a la puerta.

Había pasado el cerrojo. Lo descorrió.

Al poco se abría.

—Vengo a hablar contigo, hija —repuso el doctor McSyler—. Te dije que lo haría.

Cruzó la puerta. Entró.

Loretta cerró la puerta.

—Temía que todo siguiera igual —reconoció la muchacha—, Sigo tan prisionera como antes.

—Ahora vas a saberlo todo.

Con gesto desalentado, el doctor McSyler se dejó caer en uno de los dos silloncitos que había allí.

—Estoy ansiosa por escucharte, papá.

—No es agradable lo que vas a oír, por varias razones. La primera, porque he demostrado ser un hombre pusilánime, falto de carácter. No ha sabido reaccionar como es debido.

—Explícamelo, papá. Estoy segura de que te comprenderé.

—Voluntariamente me ofrecí a financiar esos estudios científicos en los que tu tío y primo tanta confianza tenían —empezó diciendo el doctor McSyler—. Bueno, la confianza la tenía solamente tu tío, si Larry la compartió fue, estoy convencido de ello, por ayudar a su padre. Después del «shock» que sufrió a causa de aquella intervención quirúrgica y de sus posteriores consecuencias, sólo un descubrimiento importante, algo fuera de lo corriente, podía dar un verdadero sentido a su vida, y Larry, lo dicho, quiso ayudarle a conseguirlo.

—Prosigue, papá.

—Pero siempre me ha desagradado que ese trabajo científico lo hubiera iniciado, orientado, encauzado, o como prefiera decirse, Maxim Posell...

Esta vez Loretta no dijo nada.

El doctor McSyler continuó.

—Han sido muchos años de estudios, en los que, aparentemente, se ha fracasado. Pero no, no es exactamente así, lo sé... El éxito coronará la obra un día de éstos, y todos los sacrificios se verán compensados. La humanidad dispondrá de una nueva sustancia que le permitirá... Bueno, no voy a dilatarme en pormenores. Basta con que te diga que se habrá dado un gran paso hacia adelante. Sin embargo... —y se detuvo.

—¿Qué papá?

—Hace ya mucho que estoy arruinado. Se me ocurrió hipotecar esa vieja mansión, pero al no satisfacer los vencimientos y acumularse los pagos, todo se vino abajo. O iba a venirse abajo... Fue entonces cuando se despidió el antiguo mayordomo y se presentó el actual...

—Adam, un hombre que me asusta —repuso la muchacha.

—Yo le dije a Adam que mis posibilidades económicas no me permitían admitir a ningún otro mayordomo. Adam me respondió que no me cobraría nada y que, por lo demás, para que mi situación mejorase, me buscaría quien

alquilara los sótanos de la casa, los que dan a la parte trasera. Me dijo que, bien mirado, ya me tenía buscado un cliente. Me dijo asimismo la cifra que ese cliente me ofrecía...

—¿Cuánto, papá? —preguntó Loretta.

—Muchísimo dinero —dijo el doctor McSyler—. Suficiente, no sólo para poder proseguir hasta el final las investigaciones, sino para ir pagando las letras de la hipoteca y recuperar algún día esta vieja mansión.

—Comprendo, papá.

—Cerré los ojos a todos los razonamientos y acepté. Era la solución para mí, ¿te haces cargo?

—Sí, papá.

—Pero a partir de entonces empezaron a ocurrir cosas extrañas, tú no lo ignoras. Aquí viene gente, y ya no sale. De vez en cuando se oyen gritos... En fin, que quise ver qué había en los sótanos, en la parte alquilada... Pero no, Adam no me lo permitió. Me dijo que obedecía órdenes terminantes y que las órdenes eran ésas, impedir que nadie viera nada.

—¡Oh, papá! —exclamó Loretta, asustada.

—En eso, hará unas semanas, Adam me ofreció otra cifra de dinero. Si la primera era elevada, ésta lo era mucho más. Pero a cambio tenía que tenerte encerrada a ti, aquí, en tu habitación. Yo me negué, pero Adam terminó convenciéndome al asegurarme que sólo se trataría de unas semanas...

El doctor McSyler hablaba con esfuerzo, lentamente, profundamente avergonzado de sí mismo.

—Hace ya días que sé que en los sótanos sucede algo inquietante... —prosiguió—, aunque no sé qué es... He reaccionado cobardemente, no queriendo que, lo que fuera, pudiera ser descubierto. Temiendo, tal vez, poder ser acusado de encubridor. Pero ya no puedo soportar más esta situación, ni tenerte a ti encerrada por más tiempo... He dicho, ¡basta!

Se abrió la puerta del cuarto de aseo, apareciendo Jeff Carron.

—Me alegro de que se haya expresado así —dejó oír su voz llena de firmeza.

—¿Qué hace usted aquí? —el doctor McSyler se había sentido perplejo.

—Está de mi parte, papá —se apresuró a decir la muchacha — . De nuestra parte. Sólo ha venido aquí para eso, para ayudarnos.

—Pero usted es periodista, ¿no? ¿O acaso es policía...?

—No. Soy sólo periodista. Pero un periodista que está dispuesto, como sea, a encontrar a un buen amigo. Llegó hasta aquí y ya nadie ha vuelto a verle.

—No sé nada de él, se lo aseguro —dijo el doctor McSyler—. Pero si llegó hasta aquí y nadie ha vuelto a verle, mucho me temo que su amigo esté en el sótano de esta casa.

—Pero si está, ¿por qué no grita, por qué no pide socorro?

—Lo ignoro.

—Pero usted va a ayudarme, ¿no es eso? —preguntó Jeff Carron.

—Si puedo hacerlo...

—Por descontado que sí. Pero ante todo, dígame, ¿dónde reside actualmente Maxim Posell? Usted lo sabe, ¿verdad?

—No, no lo sé —afirmó con tono totalmente convincente—, Cuando se separó de nosotros, nos dijo que prefería no darnos su dirección. Nos aseguró, sin embargo, que él se enteraría cuando fueran satisfactorios los resultados de esos estudios científicos, y que entonces se dejaría ver de nuevo.

—Un proceder muy enigmático, ¿no le parece?

—Quizá, simplemente, esté viajando. Siempre le gustó mucho visitar países y conocer gentes.

—De lo que se deduce que es rico.

—Sí, heredó bastante dinero de sus padres.

—Bueno, volvamos a lo importante. Usted está dispuesto a ayudarme. Pues bien, lo primero que tiene que hacer es facilitarme la llave del sótano... Y también la otra llave... La que abre esa puerta ante la que Adam, el mayordomo, detuvo mis pasos.

—Puedo conseguírselas —dijo el doctor McSyler.

—¡Oh, no, Jeff! —Exclamó Loretta—. No quiero que te arriesgues tanto. Si algo malo se oculta allí, descubrirlo podía costarte muy caro.

—Estoy convencido de ello.

—No sé si lo sabes —repuso la muchacha—, pero mi amiga Elisabeth no ha llegado.

—¿Y temes que...? —empezó a decir Jeff Carron.

—Que alguien se lo haya impedido, del modo que sea. La verdad es... —reconoció— que me asusté apenas recibí su carta. Mi amiga es una muchacha alegre, traviesa, y sabía de antemano que su presencia no iba a caer bien a Adam, o a quien sea que se halle tras él. Con su carácter podría descubrir demasiadas cosas... Por eso, al ver que no llega pienso lo peor... No, Jeff, no te arriesgues innecesariamente...

—Tengo que hacerlo —respondió firmemente el joven—. Pero actuaré con cautela y todo irá bien. ¿Cuándo podré tener esas llaves en mi poder? —se volvió hacia el doctor McSyler.

—Dentro de unos minutos. Tengo copias en mi despacho. Adam no lo sabe, así que eso le favorece a usted.

—Me habías dicho —intervino Loretta— que sólo recurrirías a echar piedrecitas a mi ventana y a subir por la cuerda, si a las buenas no te dejaban entrar...

—He preferido no intentarlo —dijo Jeff Carron—. La situación se ha complicado demasiado.

—Si tú lo dices...

—Voy a buscar las llaves —informó el doctor McSyler—. Volveré en seguida.

—De acuerdo.

—Pero prométeme —se detuvo antes de llegar a la puerta— que si

presiente algún ligero peligro será razonable y volverá sobre sus pasos. Debe hacerlo así, no me perdonaría que le sucediera algo malo —y añadió—: En realidad, como dueño de la casa, sería yo el que debería ir. Pero me falta el valor de hacerlo... Siempre me ha faltado... A pesar de que siempre he tenido las llaves...

—Yo soy joven y a mí me corresponde esa tarea —aseguró Jeff Carron—. No se preocupe.

—Procuren no hablar, o hacerlo bajito —fue su consejo antes de salir—. No vaya a ser que Adam les oiga.

—Conforme.

Así que el doctor McSyler abrió la puerta y salió, Jeff Carron se acercó a la muchacha. Sin decirle nada la abrazó y la besó largamente.

Luego murmuró a su oído:

—Lo ha dicho tu padre, no debemos hablar o hacerlo muy bajito. Será mejor que aprovechemos el tiempo de otro modo...

Y volvió a besarla. Una y otra vez.

* * *

Ya con las llaves en su poder, Jeff Carron esperó, no obstante, a que se hiciera la medianoche. Actuar antes le hubiera parecido una temeridad, pues sin duda más de uno de los ocupantes de la casa estaría todavía despierto.

Cuando se decidió a salir de la habitación de Loretta y a bajar la alfombrada escalera, la oscuridad era intensa, no se veía nada a dos pasos de distancia.

Llevaba una linterna, así que la sacó y enfocó con su luz el camino a recorrer. El silencio era absoluto.

Cruzó el vestíbulo, bajo la gran lámpara que pendía del techo.

Se dirigió hacia el sótano. Recordaba perfectamente por dónde se iba.

Ya allí, ante la primera puerta, accionó para ver si estaba abierta. Pero no, estaba cerrada. Sacó la llave que correspondía, abriendo.

Actuó despacio, para no hacer ruido.

Nadie debía oírle.

Ya en el interior del sótano, cerró la primera puerta y le dio a interruptor de la luz. Pudo ir ya, directamente, hacia la otra puerta. Hacia esa puerta tras la cual debía estar el secreto de todo.

Metió la otra llave en esta cerradura y se dispuso a abrir. Contuvo la respiración. Dentro de unos instantes todo quedaría aclarado.

Pero oyó una voz de trueno tras él y comprendió que había pecado de optimista. No lo iba a tener tan sencillo. La voz de trueno había inquirido:

—¿Qué hace usted aquí?

Se volvió hacia el mayordomo. Hacia ese hombre con estatura de gigante, cabeza pelada, ojos saltones, dientes enormes. Hacia ese hombre, empero, impecablemente uniforma do de mayordomo.

—He vuelto —dijo Jeff Carron, carraspeando— para preguntar a la cocinera y a la criada, a las dos mujeres que sirven en esta casa, qué piensan de los fantasmas. Me olvidé de ellas incomprensiblemente. Las sirvientas suelen ser las primeras en darse cuenta de si una casa está embrujada, o algo parecido...

—No me crea idiota —barbotó Adam con gesto fiero—. Y tendría que serlo para tragarme esa excusa. Además, ¿por dónde ha entrado? Yo no le he abierto la puerta.

—Me he encontrado entornada la ventana de la biblioteca y como ésta se halla en la primera planta... Así que he aprovechado la circunstancia para no molestar... —pero sabía que aquello no pasaba.

—¡Déjese de palabrería! —Exclamó Adam—. ¡No le va a servir de nada!

Y avanzó del modo más amenazador hacia el periodista.

Quien, a pesar de lo alto y fuerte que era, se sintió pequeño ante la mole descomunal que se le venía encima.

Para autodefenderse se le ocurrió decir:

—Mi amigo el inspector Catten...

Pero ya sabía que decir eso tampoco le iba a servir de nada. Ahora ya no.

—El inspector Catten no existe —dijo Adam— es sólo un personaje inventado por su imaginación. Me lo ha confirmado la persona a cuyas órdenes trabajo.

—Y trabaja muy fielmente, sí señor... —repuso Jeff Carron sin perder los nervios, demostrando que sabía tenerlos bien atados, bien sujetos—. Pero está haciendo el tonto, arriesga demasiado. Si detrás de esa puerta hay lo que me imagino, le esperan treinta años de cárcel...

—A usted le espera algo peor que eso —rugió Adam.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! —e hizo un gesto agresivo con la boca, sacando los dientes como si quisiera morder.

Se abalanzó sobre Jeff Carron.

Antes de que éste pudiera evitarlo, había recibido un fenomenal rodillazo en el estómago. Un rodillazo que le obligó a obsequiar a su enemigo con una profunda reverencia.

Al acto, Adam le agarró por los cabellos con su mano izquierda y le hizo enderezarse. Y ya estaba en camino, con la derecha, un demoledor puñetazo. Camino del mentón. A juzgar por la fuerza que el mayordomo acababa de imprimir a su impulso, con la evidente intención de dejarle fuera de combate a la primera.

Pero Jeff Carron reaccionó. ¡Pues qué se había figurado esa mole de carne y músculos! No se iba a dejar cazar como un conejo.

Sacudió la cabeza, desasió sus cabellos de aquella manaza y esquivó el golpe de su derecha en una rápida flexión de sus rodillas. Luego volvió a alzarse para dedicarle su caricia más escogida, esto es, un puñetazo al hígado que sabía que iba a hacerle ver las mismísimas estrellas. Por muy fuerte y

bestia que fuera, de ver media constelación no se escapaba.

Efectivamente, Adam gimió dolorosamente y se curvó hasta casi rozar los pies. La reverencia que antes hiciera Jeff Carron, no fue nada comparada con ésta. Por lo visto Adam resultaba mucho más ceremonioso.

Pero lo peor no fue eso para el gigantesco sirviente. Fue, simple y llanamente, que a pesar de su aspecto inquietante y amenazador, había de caer en seguida en la trampa.

Así que bajó la cabeza y dejó a la vista la nuca, Jeff Carron dirigió hacia allí su mano, abierta, dándole con el costado de los dedos. Un golpe fuerte, seco, contundente, que había aprendido en sus lecciones de karate.

Adam se desplomó como un saco. Como un saco relleno de serrín.

Jeff Carron, instintivamente, se pasó los dedos abiertos por el cabello, echándoselo hacia atrás. Aferrándoselo, Adam le había despeinado.

Hecho esto, el joven periodista se volvió hacia la puerta, en la que seguía puesta la llave.

La hizo girar.

Ya estaba.

Podía abrir...

Pero cuando así lo hizo y vio lo que se hallaba ante sus ojos, creyó que se había equivocado y que aquella era una de las entradas de infierno. ¿Acaso no era infernal lo que estaba contemplando?

En aquella parte del sótano, había dos grandes jaulas. En una de ellas había, uno, dos, tres... diez hombres. Acababa de contarlos. En la otra había cinco mujeres.

Fuera de las jaulas había cuatro hombres más. ¡Y uno de ellos era Dean Hook!

Todos ellos, enjaulados o no, se hallaban cadavéricos, lívidos como la misma muerte.

Pero diciendo esto no está en realidad dicho ni explicado nada. El horror consistía en la auténtica y espeluznante situación en que se hallaban todos ellos...

Para empezar, ninguna de aquellas personas tenía párpados. Sus ojos permanecían, pues, inexorablemente abiertos. Condenados a no poder reposar jamás. Sentenciados a que las imágenes no se borraran nunca de sus pupilas. Sentenciados y condenados, pues, a ver de continuo...

Dos de ellos, al ver entrar a Jeff Carron, habían abierto mucho la boca, indicando con sus manos hacia adentro, hacia su garganta. Diciendo, con gestos inequívocos, que no tenían lengua y que no podían hablar.

Uno de ellos fue Dean Hook, el que, por lo que Jeff Carron pudo apreciar, era el que, pese a todo, se hallaba en mejores condiciones físicas.

Los que estaban peor, eran los diez hombres que se hallaban en la jaula. No sólo se hallaban cadavéricos y lívidos romo la misma muerte, y no sólo les faltaba los párpados y las lenguas, sino que también estaban faltos de razón, de cordura. Evidentemente habían enloquecido entre aquellas rejas, en aquella

terrible y despiadada reclusión. Y donde, por descontado, no encontraban ni siquiera el reposo de unas pocas horas de oscuridad y de sueño.

Para que la luz no faltara a sus ojos, ni de noche ni de día, alrededor de las jaulas habían sido colocadas unas lucecitas rojas. Quien fuera que les tuviera prisioneros, no cabe duda de que se llevaban un plan harto diabólico.

Faltos de razón, de cordura, los diez hombres de la jaula actuaban de un modo desquiciado. En aquel momento se estaban dando con la cabeza contra las rejas. Sólo uno de ellos no lo hacía, pero se hallaba de rodillas arañándose a sí mismo, cara, hombros, torso.

Iban desnudos de talle para arriba, y Jeff Carron se dio cuenta de que en sus espaldas había claras señales de latigazos. Heridas sangrantes que en algunos casos se habían infectado.

Las mujeres no se encontraban en mucho mejor estado. También habían sido azotadas. Ellas permanecían totalmente desnudas, algunas acurrucadas, sin duda guiadas por un instintivo sentido del pudor, ocultando sus partes más íntimas. Jeff Carron tuvo la impresión de que todas ellas habían sido violadas por el bestia de Adam. De ser así, no cabe duda de que habría tenido un buen festín, y variado, pues las había para todos los gustos.

Ellas tampoco estaban en pleno uso de sus facultades mentales. Bastaba ver el gesto estúpido de sus rostros, donde los ojos sin párpados desquiciaban, para comprenderlo así.

Jeff Carron se decidió a actuar. Debía hacerlo de forma inmediata. Antes de que fuera tarde.

Pero cuando iba a adelantar hacia su amigo Dean Hook, en ese preciso instante, oyó una voz, que por cierto reconoció sin necesidad de girarse, que le decía:

—Acaba de cometer el mayor error de su vida.

Jeff Carron se volvió lentamente.

Y vio al propietario del motel, muy grueso, como siempre muy colorado de cara. Vio, asimismo, cómo le apuntaba con una pistola.

Jeff Carron no se inmutó en absoluto. Ni un solo músculo de su cara se alteró. Se limitó a decir:

—Encantado de conocerle, señor Posell. Maxim Posell...

CAPITULO VIII

El aludido sonrió. Estaba convencido de que todos los triunfos estaban en su mano y de que a Jeff Carron sólo le esperaba aquello a lo que él le condenara.

Y le condenaría, si era obediente y se portaba bien, a compartir la misma suerte que los demás. De lo contrario, le incrustaría un par de balas en el cuerpo y acabaría con su vida en un santiamén.

—Sí, soy yo —respondió Maxim Posell.

—Por lo que debo deducir —dijo Jeff Carron— que rio ha avisado a la policía.

—¡Claro que no! —soltó una risotada.

—No he podido elegir peor colaborador... —ironizó.

Mientras se cruzaban estas palabras, Adam volvió en sí. Al principio, poco a poco, pues el golpe recibido en la nuca había sido contundente. Aún sentía la cabeza como un tiovivo. Pero a los pocos segundos se había puesto ya en pie. Y bastándole una ojeada para ver cómo se estaba desenvolviendo la situación, consideró que no estaría de más que colaborara. Así que fue en busca del látigo que usaba siempre que tenía que vérselas con aquellos infelices.

Un látigo que sabía manejar con enorme pericia y que hacía que todos ellos, al solo sonido de su chasquido, le obedecieran sin chistar.

Ahora, pues, cogió el látigo y lo azotó un par de veces contra el suelo. Mientras, avanzó unos pasos. Pasos que a su vez retrocedieron los cuatro hombres que, debido a su estado poco avanzado de enajenación mental, no habían sido aún metidos en la jaula.

—No termino de comprender todo esto... —dijo Jeff Carron a continuación —. ¿Qué explicación tiene?

Sabía de sobras la respuesta. Pero se la pedía al máximo responsable, no sólo para ganar tiempo, sino para saber si, exactamente, estaba en lo cierto en todo.

—Si lo desea, puedo explicárselo —repuso Maxim Posell.

—Si no es demasiada molestia.

—Claro que no. Pero será ésta, que conste —y volvió a soltar una risotada — la última amabilidad que tendré con usted.

—¿Acaso, después, me espera algo poco agradable?

—¿Usted qué cree?

—Creo que me resultará fácil escapar de aquí.

—Yo de usted no me haría demasiadas ilusiones...

—Permítame que, de momento, me las haga.

Acababan de dejarse ver dos personas más. Se trataban de Helen y Tina, las camareras del motel.

—Son mis enfermeras —presentó Maxim Posell—. Ellas colaboran

conmigo en todas las intervenciones.

—¿A extirpar párpados y cortar lenguas califica usted de intervenciones? Usted quiere hacerme reír. Pues lo lamento, amigo, no me gusta el humor negro.

—Voy a contárselo todo. He dicho que lo haría. Se trata...

No hizo más que confirmar lo que Jeff Carron ya sabía, o ya se figuraba. Venía a ser lo mismo.

Maxim Posell se estaba preparando para demostrar al mundo que sabía devolver la cordura a un ser demente. Pero para demostrarlo, claro, necesitaba pacientes. A falta de otros, él se las había ingeniado para fabricarlos. Y para que resultaran discretos y poco comprometedores, les había cortado la lengua. Así no podían protestar.

Y allí estaban, en las jaulas, o a punto de ser encerrados en las mismas. Sin párpados, viendo continuamente la luz del día o las lucecitas rojas de la noche, sin poder dormir, sin encontrar posible reposo.

Allí estaban, a su entera disposición. Faltaba, eso sí, que los estudios científicos del doctor Blomppon y su hijo Larry llegaran a buen término. Pero eso sucedería de un momento a otro, estaba seguro. Y cuando tal hecho aconteciera, él tenía que estar dispuesto a actuar.

Por eso, al enterarse de que el doctor McSyler estaba arruinado, se había ofrecido a ayudarle económicamente. Aunque por mediación de Adam, no quería que nadie, hasta el último momento, pudiera recelar de él. Aunque no sólo le había ayudado para que las investigaciones siguieran su buen curso, sino porque él, por su parte, necesitaba poder utilizar los sótanos de aquella casa.

El doctor McSyler había aceptado la ayuda y todo, pues, había empezado a rodar perfectamente. Y tan perfectamente, pues Adam era un magnífico colaborador. Persona que se acercaba a aquella casa, iba a parar al sótano. Se las ingeniaba perfectamente, y sin necesidad de que nadie le facilitara las cosas.

Para permanecer cerca de allí, Maxim Posell había adquirido el motel. ¿Quién, viéndole tras el mostrador, iba a sospechar que fuera un cirujano ávido de fama, borracho de ambición? ¿Quién, viendo a las camareras, Helen y Tina, iba a creer que fueran sus enfermeras?

—Debería usted, señor Posell —dijo Jeff Carron al llegar a tal punto del relato—, operarse a sí mismo. Porque usted también está loco.

Sus palabras sonaron como un latigazo de esos que, poco antes, diera Adam contra el suelo.

—No me importa lo que diga —repuso Maxim Posell — . Si diciéndolo se consuela, por mí que no quede. Lo que le aguarda no es nada agradable, así que no quiero ser exigente con usted...

—Dígame, ¿por qué mató a aquella mujer, en el motel? Porque fue usted, no lo niegue.

—Fui yo —admitió Maxim Posell —. Sorprendió una conversación entre

Helen, Tina y yo, y comprendió que usted estaba en peligro. Así que tuve que decidirme a matarla.

—¿Y a Elisabeth, la amiga de Loretta...? También ha sido usted, ¿verdad? La muchacha no ha llegado aún...

—Sí, yo la he matado. Iba a complicarlo todo. No interesaba que llegara.

—No lo hubiera tenido tan sencillo —resumió Jeff Carron—, si se hubiera usted topado con otra clase de personas. Pero el doctor Blomppon y su hijo Larry...

—Hace años que viven pendientes de sus estudios científicos, de que tengan el éxito apetecido —convino Maxim Posell—, así que, por llegar al final, por no echarlo todo por la borda en el último momento, han callado siempre, lo han aceptado todo. Sí, señor Carron, con gente así es fácil conseguir lo que uno se propone.

—A propósito, dígame, ¿por qué exigió al doctor McSyler que Loretta permaneciera encerrada en su habitación?

—¿No lo imagina usted?

—Con sinceridad, me sobra imaginación para eso. A usted le gusta Loretta.

—Sí, me gusta —reconoció—. La conocí casualmente y me pareció preciosa. A pesar de mi edad, decidí casarme con ella. Pero todo había de ser a su debido tiempo, así que pensé que encerrándola la tendría más segura. Si nadie la conocía, nadie me la quitaría.

—No tiene mal gusto, es ciertamente una muchacha preciosa. Pero, ¿cómo va usted a enamorarla?

—No va a hacer falta ese requisito. Cuando me parezca oportuno le mostraré a la muchacha esta parte del sótano y le diré que su padre es cómplice mío y por ello tan culpable como yo ante la justicia. Lo demás vendrá rodado.

—¿Usted cree?

—Estoy convencido de ello.

Dean Hook, hasta aquel momento, había permanecido con los otros tres hombres, encogido de hombros, incapaz de hacer frente al peligro que significaba aquel látigo en manos de Adam y aquella pistola en manos de Maxim Posell.

En cuanto a los demás hombres y mujeres enjaulados, parecían no hacerse cargo de la situación. Del todo dementes los hombres y casi enteramente desquiciadas las mujeres, formaban un mundo aparte.

Pero Dean Hook había llegado a la conclusión de que su vida valía muy poco, así que algo tenía que hacer. Era el momento de hacerlo. Por muy caro que pudiera costarle.

No obstante, apenas iniciado un gesto hacia adelante, volvió a su anterior pasividad. Acababa de oír decir a su amigo Jeff Carron.

—Si supone, señor Posell, que me ha sorprendido el verle aparecer aquí, con una pistola en la mano, se equivoca. Le estaba esperando.

—Le molesta comprender que yo he sido más listo que usted. Esta es la verdad. No intente disimular.

Maxim Posell no le había creído.

—Sabía que aparecería —afirmó Jeff Carron—. Y por eso he sido yo, no usted, quien ha avisado a la policía. En estos momentos deben estar ya muy cerca de aquí.

—¿Espera que me ponga a temblar? —Maxim Posell seguía sin creerle—. Por favor, no me considere tan ingenuo.

—Estuve hablando con un amigo del doctor McSyler, y del doctor Blomppon, y suyo. Me refiero a ese amigo en común que no terminó la carrera y se casó con la dueña de una tienda de comestibles.

Maxim Posell torció el gesto.

—Me habló mucho de usted, señor Posell —siguió diciendo Jeff Carron—. Por lo tanto, sé desde entonces que usted pretende volver cuerdos a los locos mediante una intervención quirúrgica. Sé, asimismo, que a falta de auténticos locos, a usted se le ocurrió la idea de, digamos prefabricarlos... Para conseguirlo, con coger seres humanos y quitarles los párpados y esperar... Si los médicos japoneses, en casos de quemaduras, empiezan los injertos por los párpados para evitar la locura del paciente, ¿por qué usted no podía hacer lo contrario...?

Maxim Posell había crispado su rostro, lanzando llamaradas por sus ojos. Había enrojecido tanto, que parecía al borde de un ataque de apoplejía.

—Por lo que veo —admitió tras una pausa— ha llegado usted muy al fondo de la cuestión. Demasiado, sin duda.

—Puede darlo por seguro —reafirmó Jeff Carron—, Así que ya sabía, lo dicho, que era Maxim Posell quien iba a presentarme cara...

—Pero no sabía usted —puntualizó— que el propietario del motel fuera el propio Maxim Posell. No ha llamado a la policía, pues, como ha pretendido hacerme creer.

—Se equívoca, sabía que era usted.

—Lo dice para asustarme.

—Lo dicho —remachó Jeff Carron— porque es verdad.

—¿Cómo iba a saberlo...? ¡Oh, no, imposible!

—Si quiere, se lo explico. No tengo inconveniente en hacérselo saber.

—Hable.

Maxim Posell se sentía vacilante, ¡Veía tan seguro de sí mismo a Jeff Carron!

A pesar de eso, aún confiaba en que el joven periodista estuviera exagerando, al menos en parte, unos argumentos falsos, ficticios, faltos de auténtica consistencia.

Pero Jeff Carron había de demostrarle que sabía lo que se decía. Lo sabía perfectamente.

—Cuando usted, señor Posell, habló por teléfono con el inspector de policía, poniéndole al corriente de lo sucedido en el motel... —empezó

diciendo—. Cuando, al poco, el inspector le solicitó pormenores del hecho y usted se los refirió... En ese momento se dejó en el tintero un detalle que llamó poderosamente mi atención.

—No comprendo —dijo Maxim Posell.

—Usted se refirió a que el asesino le había abierto la cabeza a la víctima con un zapato, con el tacón de un zapato... Dijo que el zapato estaba en el suelo, manchado de sangre... Pero omitió la circunstancia de que la víctima tenía el rostro tiznado de color verde. Del mismo color verde que sus zapatos... ¿Por qué no lo dijo? ¿Por qué, señor Posell, omitió ese detalle cuando, en realidad, se refirió a todos los demás?

Maxim Posell había retrocedido unos pasos, mientras no perdía de vista, con su pistola, a aquel joven entrometido que le estaba demostrando que no había nacido para tonto.

—¿Por qué omitió ese detalle? —inquirió de nuevo Jeff Carron.

Maxim Posell retrocedió otro paso.

—La verdad es —sentenció Jeff Carron— que desde que supe que Maxim Posell padecía de acloropsia, supe que Maxim Posell era usted.

—¿Cómo...? —inquirió éste—. ¿Cómo ha dicho...?

—Digo —ratificó— que usted padece de acloropsia y que por ello omitió el detalle de las manchas de color verde en el rostro de la víctima —y aclaró —. Acloropsia significa la imposibilidad de distinguir el color verde.

—¡ Maldita sea! —exclamó Maxim Posell, sin poder contenerse, lleno de rabia.

Había caído en la trampa.

Estaba claro.

Si Jeff Carron había acudido a la mansión sabiendo ya que el propietario del motel era el hombre que buscaba, la policía no debía de estar lejos. Le habría faltado tiempo, claro está, para ponerla sobre aviso.

Aún así, no todo estaba perdido. Maxim Posell sabía que la mansión tenía una puerta trasera. Por ésta, últimamente, él había entrado o salido a su comodidad. Ahora la utilizaría una vez más. En esta ocasión para huir como un diablo.

Lo mismo pensaron Helen y Tina. Por lo que, tras mirarse significativamente, optaron por desaparecer de allí.

—Encárgate de ellos. Adam —ordenó Maxim Posell, instantes después—. Que ninguno salga de aquí. Después, reúnete conmigo.

—De acuerdo —acató el mayordomo y rasgó el aire, repetidas veces, con el cuero delgado y flexible de su látigo.

Acto seguido, Maxim Posell retrocedió.

No un par de pasos como hiciera momentos antes, sino varios. Los necesarios para llegar a la puerta que había a sus espaldas, abrirla y desaparecer por allí.

* * *

Jeff Carron se lanzó hacia adelante.

Sin pensárselo dos veces.

Pero el látigo fue a su encuentro, enroscándose hirientemente a su cuerpo. La mano de Adam había sabido manejar el azote con prontitud y destreza, ambas cosas a la vez. Mejor no hubiera podido hacerlo.

Jeff Carron se tambaleó, incluso estuvo a punto de caer, pero en última instancia mantuvo el equilibrio. Después amarró fuerte el látigo y estiró con fuerza. Con tanta fuerza, y tan pronto, que Adam, que se resistió a soltar el mango del látigo, se precipitó hacia adelante sin poder evitarlo.

Era el momento de lanzarse sobre él y Jeff Carron lo consideró así.

Adam, por su parte, vio el peligro que se le avecinaba y optó por quedar con la mano libre. Por lo que, ahora sí, soltó el látigo. Y llevó la diestra hacia el bolsillo de su pantalón, de donde la sacó empuñando una pistola. Esta arma resultaría indudablemente mucho más efectiva. Sobre todo porque no iba a andarse con chiquitas.

Dispararía al instante. Cogido a quemarropa. Jeff Carron no tendría escapatoria.

Lo hizo tal como acababa de pensarlo. Y disparó dos veces.

Se incrustaron las balas en el cuerpo que se hallaba ante él. Al instante aparecieron dos manchas rojas.

El rostro del hombre joven se había crispado dolorosamente, invadiéndole de súbito la palidez de la muerte. Esa palidez que no engaña nunca. Quien la adquiere ya puede empezar a hacer las maletas para el otro mundo.

Pero no era Jeff Carron el que había recibido los disparos, sino Dean Hook, quien, viendo en inminente peligro a su amigo, se puso por delante.

Adam quiso disparar de nuevo, pero ya para entonces Jeff Carron había caído sobre él, sujetándole la muñeca, impidiéndole que le apuntara.

Adam tenía más fuerza. Pero no se fiaba de su enemigo, recordaba demasiado claramente el golpe que le había dado en la nuca.

No quiso, en consecuencia, facilitarle la pelea. Pero cometió un error que Jeff Carron no desaprovechó, así que pudo retorcerle el brazo hasta obligarle a soltar el arma.

Esta fue a parar al suelo.

Dean Hook, que gemía dolorosamente, la vio y la cogió. No sin hacer un gran esfuerzo, pues se estaba desangrando por instantes.

Poco después se oyeron dos nuevos disparos.

Las balas se incrustaron a la izquierda del pecho de Adam, donde se tiene el corazón. Los impactos le obligaron a retroceder hasta topar con la pared.

Después, balbuceando Dios o el diablo sabe qué, cayó de bruces contra el suelo.

Allí se quedó inmóvil, completamente inmóvil. Ya no se movería más...

Jeff Carron, ya libre de las acometidas de su adversario, se volvió hacia su amigo.

—Dean, Dean... —murmuró.

Dean Hook hizo un gesto, indicándole la puerta por la que Maxim Posell había escapado. Le pidió con los ojos, con esos ojos que no podía cerrar porque los párpados le habían sido brutalmente extirpados, que corriera en su persecución.

—Como quieras... —repuso Jeff Carron, comprendiendo lo que había querido decirle. Se precipitó hacia la puerta, desapareciendo por allí.

Dean Hook, entonces, miró a los hombres encerrados en la jaula. De pronto se habían puesto a gritar.

Después miró de nuevo hacia la puerta, pensando que, quizá, había sido una equivocación que Jeff Carron saliera en persecución de Maxim Posell.

Sí, posiblemente había sido un error. Mientras no llegara la policía, tendría que arreglárselas solo.

Dean Hook temió que Maxim Posell pudiera con su amigo. Debía conocer aquellos sótanos y sus posibles escondrijos mucho mejor que Jeff Carron.

Si él pudiera hacer algo...

No, no podía hacer nada por ayudarle. Nada.

En absoluto. Se estaba muriendo.

A menos...

Y como no había dejado de empuñar la pistola, le bastó dirigirla hacia la jaula de los hombres, hacia la cerradura. Disparó.

Hasta la última bala.

La cerradura saltó hecha añicos.

Al poco, los locos salían de allí...

CAPITULO IX

Hacía ya demasiado que Jeff Carron había salido de allí, de su habitación, y Loretta ya no pudo resistirlo más.

—¡Debe haberle ocurrido algo malo! —exclamó, y a su vez se dispuso a salir.

—Espera un poco —dijo el doctor McSyler, temeroso de lo que en el sótano pudiera estar sucediendo.

—Voy a despertar a mi tío, y a Larry —repuso la muchacha decidida—. Quizá Jeff necesite de todos nosotros.

—Tienes razón, hija —se hizo cargo de sus razonamientos—. No podemos seguir impasibles.

El doctor McSyler se dirigió hacia la habitación de su sobrino. Era la primera puerta, a la derecha de aquel largo corredor.

—Mientras tú les despiertas, yo me adelantaré —le indicó la muchacha, y se fue rápidamente escaleras abajo.

—Aguarda un poco y vamos juntos...

Loretta hizo como si no hubiera oído a su padre y siguió bajando las alfombradas escaleras. Ya en el vestíbulo, lo cruzó, dirigiéndose hacia la puerta que daba acceso al sótano.

Ya allí dentro, oyó ruidos en el laboratorio. Donde su tío y primo solían permanecer horas y más horas dedicados a sus estudios científicos.

Se acercó al lugar, y entonces vio cómo Jeff Carron alcanzaba a un hombre muy grueso, muy colorado de cara. Lo reconoció. Era el dueño del motel.

Este, hasta entonces, por lo visto se había limitado a querer salir de allí lo más rápidamente posible. De ello que en su precipitada carrera tropezara y echara por el suelo cuanto se le pusiera a su paso, ocasionando los susodichos ruidos.

Antes que él habían huido dos mujeres. Eran Helen y Tina, pero para Loretta resultaban dos perfectas desconocidas. Habían huido como dos auténticas exhalaciones.

Pero de poco les iba a servir. Serían detenidas. Pero ellas no lo sabían, aún confiaban en salvarse.

Jeff Carron había caído sobre Maxim Posell sin darle tiempo a reaccionar. Tuvo que hacerlo así para no darle opción a disparar.

Pero la pistola seguía en la mano de su enemigo, no en la suya, y eso siempre significaba un evidente peligro. Tenía que quitársela. Esto lo primero.

A la misma conclusión llegó Loretta, que al principio se había quedado quieta, con los pies clavados en el suelo. Así que se dirigió hacia aquellos dos hombres, decidida a ayudar a Jeff Carron. No sabía cómo, pero a ayudarle.

No obstante, Jeff Carron la vio y gritó:

—¡Vete, Loretta!

Temía que pudiera correr algún riesgo si se acercaba a esa pistola de la

que, en cualquier momento, podía salir un disparo fortuito.

No la vio decidida a obedecerle. Por lo que, entre forcejeo de uno y otro, mientras rodaban por el suelo, volvió a dirigirse a ella:

—¡Vete a abrir a la policía, Loretta! ¡Corre, no pierdas el tiempo!

La policía debía de estar allí, o muy cerca, en efecto. Pero se lo dijo para que abandonara el sótano. Quería evitarle cualquier posible riesgo.

Esta vez la muchacha le hizo caso. En buena hora lo hizo.

De no hacerlo hubiera vivido momentos terribles. Realmente escalofriantes.

En realidad, por lo demás, todo sucedió en unos brevísimos instantes. Fueron como una alucinante pesadilla.

¿Qué sucedió?

Maxim Posell había soltado la pistola. El joven periodista, apretándole la muñeca, le había obligado a hacerlo. Como antes le obligara a Adam.

Pero Maxim Posell no se daba por vencido. No era físicamente una gran cosa, tenía demasiados años y era demasiado grueso para serlo. Sin embargo, se lo jugaba todo, y eso le daba arrestos para defenderse.

Pero en eso, de pronto, irrumpieron en el laboratorio, en aquella parte del sótano, los locos...

Los diez hombres sin lengua, y sin párpados, que habían enloquecido encerrados en aquella maldita jaula.

Que estaban locos, dementes, no cabía dudarlo. La cordura había huido de un modo total de sus cerebros. La cordura había huido inexorablemente de esa materia grisácea cuya forma, cuando la vemos, nos recuerda a una gran nuez sin cáscara.

Entraron gritando, pero haciéndolo de un modo alegre, jocoso. Como si al recobrar la libertad se sintieran inmersos en una gran fiesta.

Pero sus gritos se convirtieron en algo patético, macabro, espeluznante, cuando sus ojos abiertos, siempre abiertos, repararon en Maxim Posell.

Entonces, como de común acuerdo, se lanzaron sobre él. Sobre Jeff Carron también, claro, puesto que ambos estaban juntos.

Pero los locos echaron a un lado a Jeff Carron, no queriendo saber nada de él. Les estorbaba. Con él no iba la cosa.

Se abalanzaron sobre Maxim Posell, lo dicho, y unos cogiéndolos por los pies, los otros por los brazos, los restantes por el cuerpo, lo levantaron en volandas.

Maxim Posell se puso a lanzar angustiosos y estremecedores aullidos. Sentía verdadero terror, auténtico pánico.

No ignoraba que aquellos hombres carecían de juicio y que, por tal, no sabían lo que se hacían. ¿O sí que lo sabían...?

Las dos circunstancias le ponían la carne de gallina. No sabía cuál más.

En volandas lo sacaron del laboratorio y lo llevaron hacia el otro lado del sótano, donde se hallaba la sala de operaciones. Allí lo estiraron y lo inmovilizaron, sujetándole con correas tobillos, muñecas y cuello.

Maxim Posell siguió aullando.

Uno de aquellos locos, cogió el bisturí, quizá, tal vez, el mismo que él había extirpado los párpados y le había cortado la lengua.

El bisturí rasgó las ropas de Maxim Posell. Desde el cuello hasta la ingle.

Pero luego, ya las ropas a un lado, el bisturí se clavó en la carne, entre la grasa de aquel cuerpo gordo, abriéndolo en canal. Abriéndolo como si de una res se tratara.

Inconcebiblemente, Maxim Posell no perdió el conocimiento.

El dolor era terrible, demencial, pero aún así lo soportó.

Por eso pudo ver cómo ante sus ojos aparecía su propio corazón, que latía, saltaba, daba botes frenéticos. Pudo ver el interior de su estómago, lleno aún de comida por digerir, Pudo ver la concavidad de sus pulmones, de entre los que se le escapaba el aire al mismo tiempo que la vida. Y pudo ver, en consecuencia, un fluir desesperado de sangre.

Sangre que en pocos instantes lo anheló del modo más siniestro.

Pero no acabó aquí el quehacer de aquellos locos. Que más que locos parecían, a menos a juicio de Maxim Posell, seres dados a la más cruenta y feroz de las venganzas.

Varios de ellos se acercaron al corte incisivo que el bisturí había practicado en aquel cuerpo de arriba abajo, y metiendo las manos en la espantosa herida, la abrieron más y más, hasta dejarla convertida en un agujero enorme.

Entonces buscaron botellas de alcohol. En los armarios, en las vitrinas, había muchas. Y las vaciaron allí, en la pavorosa concavidad... hasta que el líquido se desbordó. Lo que sobró, fue a parar a las ropas, a los pies, a la cara de Maxim Posell.

Este no había dejado de aullar durante un solo segundo. Y siguió haciéndolo, aún más frenéticamente, cuando vio lo que aún le quedaba por soportar.

Uno de los locos buscó una cajetilla de cerillas, la buscó, pero no la encontró.

Encontró, sin embargo, un encendedor.

La llama apareció...

La acercó al grasiento y ensangrentado cuerpo de Maxim Posell, quien aulló por última vez.

Al acto había de convertirse en una hoguera humana.

Jeff Carron había presenciado aquel escalofriante espectáculo. También, aunque afortunadamente sólo una parte del final, el doctor McSyler, y el doctor Blomppon, y Larry, y Loretta. Y asimismo el inspector de policía y sus hombres, a quienes Jeff Carron, ciertamente, había informado de los hechos para que fueran a detener al culpable.

Pero los locos, quizá no tan locos, se habían tomado la justicia por su mano. Y acto seguido corrieron hacia el otro lado del sótano. Donde estaba el laboratorio. Donde durante tanto tiempo se habían llevado a cabo aquellos estudios científicos.

En pocos minutos lo destrozaron todo. Años y años de estudios, quedaron convertidos en cenizas.

Después, una vez hecho esto, los locos ya no se mostraron agresivos. Permanecieron quietos, dóciles. Estaba claro que iban a dejarse llevar tranquilamente.

Por lo que respecta a Jeff Carron, corrió hacia el interior del sótano. Allí había quedado su amigo, y la verdad es que temía encontrarle sin vida.

Aún alentaba cuando llegó, pero su existencia apenas duró un segundo más. Aquellos balazos, desgraciadamente, habían sido mortales de necesidad.

Los tres hombres que hasta entonces habían sido sus compañeros, permanecían en su Sitio, sin atreverse a avanzar ni a retroceder. Quizá, dañados ya sus cerebros, no terminaban de hacerse cargo de lo que sucedía a su alrededor.

* * *

—Me hubiera gustado conocerte en otras circunstancias —dijo la muchacha a Jeff Carron, antes de que éste subiera a su coche y emprendiera el regreso a la ciudad.

—Conocerte en una discoteca hubiera estado mucho mejor —dijo él, queriendo tomarse todo aquello un poco a broma.

Pero había perdido a su mejor amigo y se sentía profundamente afectado.

—¿Volverás algún día por aquí? —preguntó ella.

—¿Deseas tú que vuelva, Loretta?

—Claro que sí.

—Pues aquí me tendrás en cuanto escriba unos cuantos artículos. A propósito —la estrechó entre sus brazos—, vete pensando qué responderás cuando te pida que te cases conmigo.

FIN